

La mala mujer

María Fernanda Solíz Torres

ediPUCE

PUBLICALO
y genera conocimiento que transforma

La mala mujer

edi|PUCE



La mala mujer

Primera edición

© 2026 María Fernanda Solíz Torres

© 2026 Pontificia Universidad Católica del Ecuador

laeditorial.puce.edu.ec

Quito, Av. 12 de Octubre y Roca

Apartado n.º 17-01-2184

Tel.: (593) (02) 2991 700 ext. 1711

Correo: publicaciones@puce.edu.ec

Producción editorial: Jossué Baquero

Gestión técnica: Macarena Orozco

Asistencia editorial: Danna Quintana

Diseño de portada: Macarena Orozco

Diagramación: ediPUCE

Corrección de textos: ediPUCE

ISBN digital : 978-9978-77-792-3

Quito, abril de 2026



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons

Reconocimiento-No Comercial-CompartirIgual 4.0 Internacional

El manuscrito se sometió a revisión de pares ciegos, lo que garantiza la confidencialidad de autores y árbitros, conforme a las normas de publicación de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

La mala mujer

María Fernanda Solíz Torres¹

¹ Pontificia Universidad Católica del Ecuador

*Una mujer debe tener dinero y una
habitación propia si desea escribir ficción*

Virginia Woolf

Índice

Presentación	19
Locura (o de la violencia psiquiátrica)	25
Destierro	27
Bailando bajo la lluvia	29
La sonda.....	32
El encierro.....	34
Oxímoron	37
Ascetismo	39
Cable a tierra.....	41
Histeria (o de la violencia sexual)	43
Si mi útero hablara	45
La cárcel	47
La toma pacífica	51
La primera vez que me golpeó	54
Los hijos deben tener apellido	57
Amor a cielo abierto	60
Las gallinas	63
Barbarie (o de la violencia política)	67
Los Encuentros.....	69
Emplumados y emponchados.....	73
Los salvajes	75
Meningoencefalocele	80
Gastrosquisis	83
Paraquat	86
Karen	88
Celeste	89

Prólogo

Alicia Ortega Caicedo
Universidad Andina Simón Bolívar

*Esta vida es mía. Poner el cuerpo en la escritura:
Violencia sexual, violencia política, militancia ecológica*

La mala mujer, de María Fernanda Solíz Torres, entretiene dos líneas de reflexión que marcan el horizonte contemporáneo de nuestras vidas, debates y preocupaciones: la violencia de género y la violencia ejercida por la industria minera capitalista agroindustrial. Dos aspectos que definen el rostro feroz del sistema capitalista patriarcal moderno extractivista. La narración se construye desde la experiencia vivida de quien escribe. En este sentido, cruza el registro autobiográfico, la crónica testimonial, el ensayo crítico, el relato, la denuncia, porque la vida de quien escribe entra en la escritura a partir de recuerdos que regresan a la infancia, la historia familiar, la vida de pareja, la maternidad, la lucha por la defensa de la vida en territorios tomados por las mineras y los militares. Es la violencia padecida el motivo que anuda los dos pilares del relato. Se trata de una escritura encarnada y honesta, que narra episodios de abuso sexual, del cuerpo doliente que sobrevive a la violencia, de las terapias de encierro, farmacológicas y de choques

eléctricos, que replican otras formas de tortura y padecimiento, de la familia también como lugar de sufrimiento, de los abortos y de la maternidad.

María Fernanda, literalmente, pone el cuerpo en cada palabra. La filósofa catalana Marina Garcés dice que “*poner el cuerpo* se convierte en la condición imprescindible, primera, para empezar a pensar”. También dice: “Poner el cuerpo en nuestras palabras significa decir lo que somos capaces de vivir o, a la inversa, hacernos capaces de decir lo que verdaderamente queremos vivir” (67, cursivas en el original). María Fernanda asume este desafío en su escritura. Pone el cuerpo para decirnos lo que ha sido capaz de vivir y lo que ha sido capaz de hacer con lo vivido. El libro consta de tres partes: “Locura (o de la violencia psiquiátrica)”, “Histeria (o de la violencia sexual)”, “Barbarie (o de la violencia política)”. La primera parte, “Locura”, se construye con los restos de una *memoria episódica*: fragmentos de imágenes que nos acercan a la experiencia de un cuerpo adolescente, sometido a una terapia electroconvulsiva en el encierro. En ese relato, no secuencial, habla el cuerpo padeciente: su destierro, sus laceraciones, su exposición, su trastorno obsesivo compulsivo, sus delirios, su inanición, su locura. Es un cuerpo interdicto. Un cuerpo adolescente, abusado sexualmente en la temprana infancia. En el presente de la escritura, el cuerpo habla desde las secuelas de esa crueldad. “La electricidad y el trauma dejaron pocos recuerdos, enredados, confusos”. Por ello, la memoria que alimenta esta escritura es *borrosa, frágil, sensorial*. Se arma con lo que queda, “Me quedan las imágenes borrosas”. El cuerpo habla cuando es posible hacerlo, porque en la infancia faltan las palabras: “no tenía ni el conocimiento ni la comprensión de lo que sucedió”. Hay culpa, hay vergüenza, hay dolor. Dice Rita Segato que la violencia sexual ocurre

en la convivencia familiar, comunitaria y escolar, porque hay una violencia invisible y normalizada; porque hay “formas menos audibles de padecimientos” en los sujetos minorizados; “por la inefabilidad de este tipo de violencia”; porque las infancias carecen de las palabras que son necesarias para narrar lo que no tiene nombre, de allí la imposibilidad de identificar la conducta del agresor, defenderse y denunciarla.

“Muerta en vida, tensa calma, fuego helado, gigante liliputiense, doloroso placer, locura lúcida, felicidad angustiosa, ir a ningún sitio, tragicomedia, secreto a voces, llena de vacíos. La violencia sexual me había convertido en un oxímoron. No tenía forma de explicarlo salvo cuando conocía la historia de otras mujeres quienes, como yo, también se habían convertido en oxímoron fruto de la violencia”. Leo estas líneas, las subrayo, me conmuevo, me detengo en ese desplazamiento que va del *yo* al *nosotras* en el reconocimiento de una experiencia común. Es en el reconocimiento de esa experiencia compartida, la violencia sexual padecida y los ciclos de revictimización, cuando se abre la posibilidad de escritura: un aquí estamos, esto somos (*mujeres oxímoron*) esto es lo que nuestros cuerpos saben y por eso importa. Esta escritura, que es un registro propio, se vuelve entonces plural. Vuelvo a Marina Garcés: “El ser humano es algo más que un ser social, su condición es relacional en un sentido que va mucho más allá de lo circunstancial: el ser humano no puede decir yo sin que resuene, al mismo tiempo, un nosotros” (29). El *yo* que enuncia María Fernanda se dilata, se amplifica, se socializa, se vuelve empático. La violencia sexual rompe el cable a tierra y te convierte en un “ser híbrido” parido por contradicciones irresolubles: “Rareza comunes somos las mujeres oxímoron, una nueva especie”, esto afirma María Fernanda. Y es justamente el paso hacia el *nosotros* —con la maternidad y el nacimiento

del primer hijo— y la construcción de un *mundo común* —a partir de la militancia ecológica y la lucha popular— los acontecimientos que le devuelven al cuerpo su cable a tierra. Esta pausa en la vida devuelta cierra la primera parte de la narración: el nosotros convertido en implicación con el mundo, proximidad, inscripción.

Podemos decir que la escritura de María Fernanda está basada en la experiencia propia y, al mismo tiempo, en experiencias comunes. Quiero decir que es un trabajo de memoria, de escritura y de resonancias. También puede ser leído como una respuesta a la pregunta de cómo alguien llega a ser la mujer que es, en un contexto de patriarcado heredado. El cuerpo de quien escribe aparece como lugar de dominación masculina y también como lugar de emancipación. La segunda parte, “Histeria”, está construida no solamente con la voz del cuerpo en su conjunto, sino desde la voz del útero en su locución. El útero habla y narra una historia de mutilaciones, abusos, abortos, violencia sexual doméstica, impunidades judiciales y sociales: “Si mi útero hablara, explicaría cómo nunca tuvo siquiera derecho a sentir dolor, porque a los pocos días de ser cortado debía hacerse cargo de la cocina, los pañales, la casa y el trabajo remunerado”. De hecho, habla. El tiempo verbal indicativo privilegia el pretérito imperfecto, porque la acción descrita sigue aconteciendo en la escritura. No hay clara fecha de finalización: “Si nuestros úteros contaran sus historias, el mundo pararía”. El movimiento de la escritura también traza un recorrido que va del *yo* (doméstico) al *nosotros* (comunitario): de la casa como *cárcel* a la militancia por el agua y los territorios libres de megaminería. En ese trayecto, el cuerpo pasa de la prisión a la experiencia de un mundo en común, de lo privado a lo público, de la experiencia de luto a la experiencia de rebeldía y resistencia. Los episodios articulan una sintaxis

narrativa que, al mismo tiempo, da cuenta de una sintaxis vital que conjuga sincronías, aprendizajes, transformaciones. Y en ese proceso, el cuerpo se ancla nuevamente a la vida cuando puede tomarse de la mano de otros cuerpos: “Me tomó años entender la reivindicación de que la violencia doméstica no es un asunto privado sino un problema público. Fue la ternura del relato de vida de decenas de mujeres recicladoras –quienes han transformado la basura y las violencias en organización, resistencias y re-existencias– lo que me permitió escribir también mi propia historia”. La escritura misma acontece en el entre de los cuerpos cuando se acercan, se miran, se escuchan, se acompañan, se afectan, se enternecen, dan testimonio unos de otros. Allí ancla la escritura, los aprendizajes, las transformaciones, el conocimiento, lo político. María Fernanda, a partir del encuentro con las mujeres recicladoras (sus amigas y maestras), crea una deriva importante en su propia vida y en su relato. Una deriva que genera comunidad, militancia, activismo, producción de conocimiento. En medio del botadero, las montañas de basura, el biogás, incendios, gallinazos, reconoce María Fernanda a sus comadres, ahijadas, compañeros: “El botadero es magia, es tanta magia que se deshace en los dedos como el biogás que juega a imitar a la niebla. El botadero es el trabajo que da sustento, la cancha de fútbol que lanza goles de colores, es la organización y la comunidad”. También es espacio de violencia, miseria, dinámicas de crueldad, de cuerpos bañados en sus propios fluidos: el rostro escondido de nuestro universo cotidiano.

La tercera parte titulada “Barbarie”, que cierra el libro, se abre a lo que la escritora denomina “violencia política”: la violencia legítima de Estado que defiende los intereses megamineros en detrimento de la vida: la vida amenazada de comunidades pobres, afincadas en territo-

rios alejados, afectadas por la megaminería. En esta sección, la narración testimonia la militancia y el compromiso ecologista, que es otra forma de poner el cuerpo. Porque la escritora lo sigue poniendo en el relato que deviene testimonio de otros cuerpos que portan las marcas visibles de la toxicidad industrial. Nuevamente, en otro contexto, nos encontramos con el relato de la violencia: la crueldad, la indolencia, el dolor, las denuncias, el nacimiento de niños con marcas, la militarización en complicidad con el capital agroindustrial, la deshumanización de poblaciones cuyas vidas no merecen ser cuidadas. Al contrario, “el Estado les ha declarado la guerra, *por nativos y por salvajes*”: “Desde que Susana parió a Sandra, porque no quisieron ligarle en el hospital aduciendo que no llegaba a los 30 años requeridos (aunque ya tenía 5 hijos), y le diagnosticaron síndrome de Down, no han parado de nacer niños con marcas. Las marcas del mercurio amalgamado en las mismas ollas en las que también cocinan el armadillo, las marcas de la guerra, de la violencia armada, del empobrecimiento sistemático, de la desnutrición obscena e insultante”.

Uno de los mayores logros de este libro radica en la posibilidad de identificar, como lectoras, las marcas de una violencia impune en las cicatrices del cuerpo y la psiquis de una mujer vulnerada (la escribiente), así como en el cuerpo de los territorios y las vidas mortalmente afectadas por la industria minera y agroindustrial en alianza necropolítica con el Estado. Así, el escrito logra algo que para el feminismo siempre ha sido clave: “Lo personal es político”. Convergen en el relato la memoria sensorial y familiar, la memoria de las luchas políticas en defensa del territorio, los testimonios de mujeres que trabajan en basurales resistiendo una larga historia de violencias que parece no terminar nunca, los testimonios de madres que sobreviven (muchas veces

no) en territorios amazónicos a nacimientos y muertes de niños que portan en sus cuerpos las marcas de los agro venenos y las intoxicaciones crónicas. Ningún relato, ninguna imagen, ninguna idea de esta escritura proviene de apuntes hechos en bibliotecas o consultorías. Al contrario. Todo lo narrado ha sido antes vivido por el cuerpo de quien escribe: escritura situada, cercana, política, orgánica, involucrada en calidad de militante, amiga, padeciente/paciente, hija, madre, activista, académica. Esta pluralidad de perspectivas nos acerca la escritura, que nos alumbra con su potencia testimonial y narrativa, cargada de urgencia política, de sentido de justicia y búsqueda de reparación (y autoreparación), de afectos, de memoria vivida.

Obras referidas

Garcés, Marina. 2013. *Un mundo común*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.

Segato, Rita. 2003. “La argamasa jerárquica: violencia moral, reproducción del mundo y la eficacia simbólica del derecho”. En *Las estructuras elementales de la violencia*. Quilmes: Universidad Nacional de Quilmes.

Presentación

Ramiro Ávila Santamaria

Un día de junio, como suelo comenzar mis días, abro el correo institucional. Los mensajes me suelen aburrir y quizá es lo que menos me gusta del día. Pero esta vez es diferente. El mensaje se llama “Un favor especial – invitación”. Fernanda me comenta que concluyó un proyecto político-literario feminista y que “quisiera que otro anfibio (académico-militante) ecologista, feminista, humanista escriba el texto”. Me siento halagado y muy honrado por la propuesta, aunque esas palabras me quedan grandes. Acepto sin dudar. Imprimo el texto. Me dieron esas ganas locas de salir de la oficina y comenzar a leerlo. Hubo que esperar algunas horas. A la tarde, como si tuviese una cita anhelada, llego a mi lugar favorito de lectura, que tiene un sofá, un arupó delante y, como escenario de fondo, el centro histórico de Quito. Comienzo despacio la lectura. No espero nada. Solo me entrego.

De entrada, unas imágenes borrosas de una niña de trece años, que oye el llanto agudo de su madre mientras recibe una terapia electroconvulsiva y cuenta que quiso cortarse los brazos, las muñecas y las ingles. El shock eléctrico en esa terapia de crueldad y destierro es también para la persona lectora. No hay piedad. Cruzas la puerta del libro y te reciben con un golpe. Me viene a la memoria, por esas aso-

ciaciones que a veces uno no entiende, la misma sensación que tuve cuando vi la película de Víctor Aguirre, *El día que callé* (2022). En esa película, también de entrada, sin piedad, Víctor cuenta que fue abusado sexualmente y lo tiraron en una quebrada en un pueblito de Esmeraldas. Y ya. Eso es lo que calló. Igual Fernanda. De entrada, revela a “La mala mujer”. Lo que viene no será misterio, sino variaciones de una vida y de varias vidas sobre las múltiples violencias que se viven cotidianamente a nuestro alrededor. Cuando comienzas un libro o una película con las emociones o acciones que deberían aparecer al final, la única opción es sostener al lector a punta de sabiduría de la vida y belleza literaria. No hay de otra.

El libro está construido como una novela gráfica. Cada capítulo es como un conjunto de viñetas. Están agrupadas por tres de las múltiples caras que puede tener la violencia. La una tiene que ver con el encierro y la violencia psiquiátrica. La otra con las relaciones de pareja y la violencia sexual. La última con el capitalismo y las violencias que provocan los extractivismos. Cada viñeta está dibujada con palabras precisas y bien talladas. Se nota ese trabajo literario, paciente y laborioso, que solo entienden quienes saben escribir.

En una de las viñetas, “Bailando bajo la lluvia”, hay un bosque que, como todo en la vida, muestra sus dos caras. Es el lugar donde encuentra lo más parecido a la felicidad y también la más dramática pesadilla. Allí baila bajo la lluvia con la abuela y allí se hunde en el fango de su primer encuentro con la violencia sexual. Tenía apenas trece años. Entra en un infierno de culpas, vergüenzas, terapias, traumas, tratamientos físicos, encierros, manicomios, ciclos de revictimización, locuras, rupturas con el cable a tierra, del que parece no hay salida.

En ese punto, las hojas del arupo que están frente a mí brillan con la luz de un sol que se oculta tras el Ruco Pichincha. Las hojas se mueven ligeramente. Siento tristeza y ternura. Lloro.

Me pregunto si podré resistir tanto dolor al final del libro.

La maravilla de este libro es que, como en el bosque o un botadero de basura a cielo abierto, mientras más oscura es la noche, más brillan las estrellas. Fernanda logra encontrar en cada historia el lado esperanzador, el cable a tierra, la resiliencia, la necesidad de alterar las situaciones que generan las violencias, “la defensa irrestricta de los comunes y de la utopía”.

Siempre he creído que una de las virtudes de la literatura es que te permite vivir las vidas que nunca podrás experimentar. Melville te embarca en el Pequod, te comanda un tal capitán Ahab, y te lleva tras una ballena frente a las costas ecuatorianas; Celermajer te hace vivir un incendio en Australia; Wiener te pone en una escuela en los Andes peruanos y te hace sentir el miedo a la represión de un ejército que combate a muerte a Sendero Luminoso; Bazterrica te hace sentir lo que significa comer la carne de un ser humano por necesidad; Sjöberg te lleva a un pueblo de Suecia y te obliga a tener la paciencia de un observador de insectos; Labatut te invita a sentir la genialidad, la normalidad y la locura de los físicos cuánticos; Brum te pone en el corazón de la Amazonia y te invita a ser bosque. Vivir lo que no se vivirá en carne propia.

No soy mujer. No he sido violado. No he estado en un manicomio. No tengo útero que me hable. No he padecido un aborto en una clínica clandestina. No me metí a la embajada China a protestar por los mega proyectos mineros a cielo abierto. No crie a mis hijas en un botadero de basura. No soy recicladora. No tengo hijas afectadas por

agroquímicos y con síndrome de Down. No me vendieron. No me han explotado laboralmente. No me despojaron violentamente de mi departamento para buscar minerales bajo mi cuarto. No me tocaron mis genitales ni me metieron el dedo en el ano los militares después de sacarme de mi departamento. No me secuestraron. No soy indígena en resistencia.

Por esas vidas que no viviré y que Fernanda las cuenta sin concesiones y belleza, que hacen llorar, que dan al menos cinco minutos de empatía, antes de que uno vuelva a sus anestesiados privilegios, hay que agradecer. El mundo y la comunicación que nos abruman están diseñados para enterrar esas historias, para no verlas, para no avergonzarnos, para no denunciarlas, para no gritar la injusticia que es la base del capitalismo y de nuestras comodidades.

Al final, esas vidas, esas viñetas, son los espejos en los que no veremos vernos. Hay una escena en el libro en la que Fernanda cuenta que, después de mucho tiempo de haber estado en tratamientos médicos violentos, se vio en el espejo. Era ella y no era ella. Era lo que se había convertido y en lo que podría ser diferente. Así cada ventana que el libro nos invita a mirar.

Hace poco tiempo hice un curso vivencial de permacultura, que es un sistema de ideas y prácticas que imitan a la Naturaleza. Uno de los principios que guían esa práctica es “usar los bordes y valorar lo marginal”. Los márgenes enseñan la sobrevivencia, la diversidad, la transición, la resiliencia, la resistencia. En el margen están las alternativas. Si alguien no sabe cómo se podría vivir en situaciones de profunda injusticia, en catástrofes, en dónde el capitalismo es pura opresión, y quiere encontrar alternativas para un mundo diferente y para vivir una transición, que se vaya a los márgenes. Las viñetas que narra Fernanda

son todas desde los márgenes y desde la valoración de lo marginal. Ahí encuentra ella el sentido a la vida, sus aprendizajes y se nutre para vivir.

Este libro es memoria colectiva, como la historia de Karen, que tiene una protuberancia en su rostro, símbolo y efecto de los extractivismos violentos, y a quien su madre sacó de lo más recóndito de la selva amazónica para ser operada. Sobrevivió contra todo pronóstico, como sobrevivirán las víctimas de violencias, para contar su verdad y para transformar el mundo y convertirlo en un lugar más decente.

Sobreviviremos. Hay esperanza. Las víctimas de las múltiples violencias que hacen escuchar su voz son la prueba.

Locura
(o de la violencia psiquiátrica)

Destierro

Me quedan las imágenes borrosas: luces, quirófanos, el gorro y la bata del psiquiatra, el llanto agudo de mi madre. Los electrodos rodeando mi cabeza, la mandíbula tensa, inmovilizada con el protector bucal, la vía intravenosa anestesiando, por goteo, mi conciencia. La máscara de oxígeno y el brazalete en el pie. La electricidad sacudiendo con violencia cada célula de mi cerebro enfermo, podrido, inútil.

Confusión, catatonía, olvido. Nada tiene secuencia, ni lógica, ni sentido. Ya no logro saber qué sucedió primero, ni lo que es real, ni lo que se perdió para siempre con los choques eléctricos. Me quitaron la memoria. Me condenaron al destierro de mis propios recuerdos enfermos, de la que era, de la que seré. Un cuerpo sin memoria, vacío, hueco.

La terapia electroconvulsiva era en realidad la terapia del azar. Terapia de la crueldad y del destierro. La de las fracturas irreparables.

La casa ya no era casa, era una cárcel. Los anaqueles de los cuchillos y de las medicinas fueron adaptados con cerraduras luego de que mi hermano pequeño contemplara aterrado mi determinación para cortarme los brazos, las muñecas y las ingles. Buscó ayuda con los vecinos y me llevaron, una vez más, a suturarme las heridas. Siempre a la misma clínica, la única que lleva el registro escrito de los hechos. Su propio registro que no es el mío.

Ese deseo suicida había empezado años atrás. Estaba decidida. La vida se convirtió en un enfrentamiento sin tregua. Ellos querían

salvarme y yo había resuelto dejarme morir. Sutilmente, de inicio. Morir de hambre. Acabar con este cuerpo que no era mío. Era un cuerpo manchado, sucio. Era un cuerpo expuesto públicamente por el escándalo de la violencia sexual. Para entonces no sabía mucho, pero sabía que fue real.

Sin comida el cuerpo no crecería ni tampoco crecería el temor patológico al vientre de un embarazo imposible en una niña que aún no había tenido su menarca. No crecerían los pechos de una adolescente que no quería ser madre ni objeto de deseo. Sentía asco hacia cualquier humano de género masculino, a su sola presencia en una sala. Angustia inexplicable, locura.

Tras cientos de horas de psicoterapia y decenas de frascos de psicofármacos, no quedaba nada: un esqueleto hueco en síndrome de resignación, en catatonía. La prescripción: terapia electroconvulsiva. Aunque robe la memoria y deje un cuerpo sin alma; aunque esté prohibida en varios países y se reconozcan sus secuelas y la crueldad del procedimiento. Más allá de la ciencia, todos se aferraban al halo de luz.

Tenía trece años.

Bailando bajo la lluvia

La abuela es una mujer hermosa, siempre tiene una descomunal sonrisa, hace yoga y devora libros. Debe tener más de sesenta años y la recuerdo parada de cabeza, haciendo el “saltamontes” o la “vela”. Los libros no duran en sus manos más de una semana, los engulle con pasión desaforada. Nunca la he visto llorar. Con su nariz afilada y los ojos expresivos, es simplemente bella. Aunque somos muchos nietos, muchos más de una docena, se encarga de hacernos sentir especiales, a cada uno, a todos.

Para ese entonces, las vacaciones duran tres meses y a ella no le importa quedarse tres meses con la docena de nietos en la casa de campo. Para nosotros es una fiesta permanente, si hay algo parecido a la felicidad deben ser esos meses de cada año.

Cuando busco la raíz profunda de mi amor por la lectura y de mi militancia ecologista y humanista, estoy segura de que debe haber nacido ahí, seguro la parió mi abuela, la gestó sin saber que la gestaba o, más bien, con seguridad sabía que la gestaba. Durante años, esos tres meses fueron una escuela de amor a la naturaleza y a la vida colectiva.

Aunque somos muchos nietos, cada vez que llueve, ella se escapa conmigo, solo conmigo, para enseñarme a bailar bajo la lluvia. Corremos por los pastizales, empapadas, chorreadas, felices. Me enseña a escuchar la danza de cada gota de agua helada, los tambores tronadores, los sapos cantores, la fiesta de relámpagos. Agotadas, nos refugiamos

en un pequeño bosque de vegetación secundaria, el “chaparro” le llamamos. Nos encanta jugar ahí, meternos por los caminos de roedores silvestres, jugar a que sus excrementos son pasteles de chocolate.

En ese momento el bosque es solo eso, un chaparro hermoso al que me han enseñado a cuidar y a amar. Un bosque encantado en el que juego con la abuela. Semanas después será la trampa perfecta que romperá mi cable a tierra. Los senderos de los roedores en los que solo puedo caber gateando me perseguirán el resto de la vida. No habrá un día de mi vida en el que no me pregunte si fue mi culpa, o si pude evitarlo, o si pude superar el hecho sin traumas, si exageré acaso. Si estaba loca, si sigo loca. Un adolescente, un sendero estrecho de vegetación abundante y una niña ingenua. Lo que le sigue es solo angustia, locura.

En cuanto logré salir, del sendero y del shock, corrí, atravesé los pastizales, entré a la casa tumbando las puertas y me encerré en el baño. Es lo primero que pude hacer, casi instintivamente, porque no tenía ni el conocimiento ni la comprensión de lo que había sucedido. Me saqué la ropa y empecé a analizar obsesivamente mi pantalón roto. Decenas, cientos, miles de veces.

Si tuviese que determinar cuándo empezó mi trastorno obsesivo compulsivo, sin duda alguna, sería en ese instante. La obsesión se extendería a la necesidad de leer todo lo que estaba a mi alcance y que pudiera ayudarme a entender lo que pasó. Para ese entonces, lo que encontré era poco, no tenía internet, ni celular ni computador. Busqué un folleto de sexualidad que nos dieron en el colegio y lo leí hasta romperlo, buscando alguna pista, alguna respuesta, alguna claridad. Aprendí de la sexualidad desde el trauma, como muchas, como tantas.

Ya ni siquiera tengo la memoria entera y me cuesta saber con exactitud lo que pasó. La memoria episódica es, sin duda, la más frá-

gil y los hechos traumáticos se refugian en la oscuridad profunda del inconsciente freudiano. La electricidad y el trauma dejaron pocos recuerdos, enredados, confusos, “elefantes rosas” disfrazando un contenido latente lacerante.

Por el contrario, la memoria sensorial, esa no se va nunca, no se pierde en el camino y puede ser muy cercana a la tortura y al infierno. Aún puedo sentir la vergüenza en cada centímetro de piel aterrada, aún puedo sentir el peso de mi cabeza chorreada incapaz de sostener la mirada, aún soy capaz de revivir la angustia con la que pedí a la psicóloga del colegio hacerme una prueba de embarazo para convencer a mi cerebro enfermo de que mi vientre no crecería.

Aún puedo sentir la culpa: rompí la magia, acabé con todo, por frágil. No debí contarle a mi madre y ella no debió contarle a mi padre y él no debió montar un escándalo ni hacer pública la vergüenza. Nunca más pude tocar la felicidad bucólica de esos tres meses, nunca más estuve cuerda, luego de aquel día, todo era bruma.

Tiempo después, cuando el encierro, las terapias de la crueldad, los choques eléctricos y la psicofarmacoterapia habían fracasado, la abuela pintó un cuarto azul para que yo pudiese jugar con las nubes y, solo entonces, la bruma dejó de ser espesa.

Tenía trece años, llevaba dos meses viviendo con la abuela.

La sonda

En aquel estado dulce de las alucinaciones febriles — confuso, único, irónico —, vivo una suerte de delirio en el que el frío y calor extremos se intercalan. Duermo y despierto sin distinguir con claridad el contenido latente y manifiesto de mis sueños, tampoco reconozco el límite entre los estados de conciencia y los monstruos reprimidos en mi inconsciente desbordante.

Me niego al hisopado nasofaríngeo, aquel procedimiento obligatorio para confirmar el proceso viral. Aún, veinte años después, persiste el trauma de la sonda. La recuerdo atravesando mi nariz, rodeando mi cerebro, la base del cráneo, llegando a la faringe y luego al esófago y al estómago.

La sonda. Las primeras veces para evitar la muerte por desnutrición, la inanición absoluta, caquexia, depauperación. Las siguientes para lavarme los venenos ingeridos en medio de la locura: psicofármacos, el tarro completo de Tylenol de la casa de la abuela, todas las medicinas de la estación de enfermeras que ingenuamente me dejaron haciendo torundas de algodón para guardarlas en frascos de alcohol.

Solo me quedan los resquicios de dignidad arrancados por la nariz y por la boca, por los ojos incluso. Me queda la muestra clara de quién tiene el poder sobre mi cuerpo y mi cerebro enfermos. Las amenazas cumplidas frente a mi negativa reiterada de ingerir alimentos, agua siquiera.

Luego de que la alimentación parenteral fuese un recurso doloroso pero insuficiente, “empalarme”, meterme un tubo plástico por la nariz sería el castigo merecido por la tozudez y la necesidad de mi perfeccionismo obsesivo. Una vez más mi cuerpo no era mío y otros tenían derecho a violentarlo tanto como quisieran, esta vez con licencia médica.

Con un ojo cerrado, sin poder articular palabra y con el dolor intenso de la cara, con el cerebro y el esófago lacerados, cual fenómeno de circo, caminaba por el hospital sujetada del porta-sueros como bastón.

Despreciable cuadro, hiriente, enigmático. La sonda permanecía el tiempo que me tomaba convencer al intensivista, con promesas huecas, de que empezaría a comer, que esta vez había aprendido la lección o, simplemente, cuando al arrancármela a la fuerza terminaba tan lastimada que era imposible volver a ponérmela de inmediato.

Otras veces, el escenario era más funesto. La sala de emergencias, un interno asustado sujetándome los brazos mientras el residente colocaba la sonda con rapidez y lavaba los venenos. Con paciencia introducía suero y extraía veneno, tantas veces como hacía falta, la noche entera... La sonda era transparente, se podía ver la espuma, la bilis, la sangre.

Recién veinte años después, Holanda aprobaría la eutanasia para pacientes psiquiátricos que pudiesen probar la cronicidad de su condición, el sufrimiento, la incurabilidad de su estado.

Tenía catorce años.

El encierro

Desnuda. Sin dignidad. Impúdica. Exhibiendo las marcas de la locura, el cuerpo cortado a pedazos, desnutrido, grotesco, así me reciben. Ellos lo han visto todo, nos les sorprende, soy un número más, acaso una paciente. Me revisan, me cortan las uñas de las manos y los pies, me quitan todas las pertenencias. Me indican el cuarto, la ropa que deberé usar y cierran la puerta con seguro. He perdido todos mis derechos, el derecho a la explicación incluso, el derecho a la libertad y a la decisión. Un cuerpo interdicto. Una mente enferma incapaz de tener voz, condenada al encierro, separada del resto del mundo porque mi dolencia no tiene cura. Me dicen que soy un riesgo para mí misma, pero en verdad tienen vergüenza de la que soy, un mal ejemplo, una amenaza al *status quo*.

En el encierro, la percepción del tiempo cambia, se detiene, no existe, se pierde entre la angustia desbordada y la indiferencia de la realidad con la alucinación. Los cuerpos supuran ansiedad. A eso huelen los manicomios, a una mezcla de cuerpos desintoxicándose con adrenalina y neurotransmisores desconectados de las mentes perdidas. El ambiente es pesado, hay poco oxígeno, hace falta aprender a respirar. A veces es preciso reptar en el piso como en un incendio para escapar del humo. Los primeros días me arrastro hasta que mis pulmones aprenden a tolerar el aire espeso. El olor nunca deja de molestarme, huele a muerte, a pus, a podredumbre.

El lugar tiene bloques, incluso los manicomios se organizan por clases sociales. Existen habitaciones individuales y compartidas, pisos y estratos. Hay locuras diversas, jerarquías. Las locas estamos al final. Nadie nos habla, solo podemos hablar entre nosotras y, claro, podemos hablar en las terapias. Desde que llegué, solo he visto una vez a mi psiquiatra, el día que me admitió. Ese día, solo hablaron mis padres.

Me trajo mi madre, sedada. La vergüenza era tanta que eligieron otra ciudad. Acá en el psiquiátrico nos esperaba mi padre y juntos firmaron para ceder sus derechos tutelares. Yo soy menor de edad y loca, entonces no valgo nada.

Han pasado siglos desde que se practicaba la trepanación y a los locos les hacían un orificio en el cráneo para que salieran los espíritus malignos que poseían sus mentes enfermas. También ha pasado mucho desde que las lobotomías dejaron de aceptarse como técnicas quirúrgicas terapéuticas válidas.

Ahora nos electrocutan semanalmente, nos llevan a misa y nos enseñan la palabra de Dios para alejarnos de los demonios. Ya no nos queman como brujas. Las cadenas se reemplazaron por tiras de lona especializadas para amarrarnos sin que sea considerada una práctica cruel. Y los baños de agua helada se aceptan como recursos formativos extremos. Todavía nos encierran, pero ya no nos exhiben como espectáculo de circo, ahora nos ocultan compasivamente.

Lucía está siempre triste, tan triste que duele verla. Parece una muñeca de porcelana, es dulce y suave. Su esposo la dejó por otra mujer y ella decidió morir de tristeza. Durante meses lo intentó sin éxito, hasta que le quitaron sus hijos y la encerraron. Acá apenas habla, camina por los patios con la mirada perdida. Me adoptó. Ahora piensa que yo soy su hija y a mí me gusta tener esa madre que me cepilla el cabello con dulzura.

Micaela es lo más cercano a tener una amiga. Siempre viste de negro, su rostro y sus uñas tienen mucho maquillaje oscuro. Aún no sé cómo lo consigue aquí dentro. Su cabello negro, perfectamente lacio, cubre la mitad de su rostro. Me gusta su ropa y su actitud irreverente, su voz fuerte. Ella es la única que enfrenta a los médicos, a las enfermeras y a todo el personal. Es la única que se atreve a hablarles aun cuando no consiga respuesta alguna, salvo cuando se altera demasiado y entonces la encierran y amarran.

Lolita debe tener más de ochenta años, no estoy segura de si su demencia es simplemente senil. Es linda. Hay que recordarle las cosas, todas las cosas. De nada sirve repetirle muchas veces porque de todas formas las olvida al minuto siguiente. Tiene una enfermera propia que vive con ella en su cuarto. Nos comparte algunos dulces, tampoco sé cómo logra conseguirlos. Le gusta que le lea cuentos y que le acariciemos la cabeza, las manos y los pies cansados. A veces, con Micaela, jugamos a maquillarla.

“Ella” necesita mucha ayuda, nunca sabemos cuándo tendrá un ataque y caerá al piso con dureza. Siempre está herida. Su lenguaje y sus movimientos son espasmódicos, no se puede saber nada con certeza. No se comunica y tiembla todo el tiempo. A veces, cuando se enoja mucho, lanza cosas y rompe los pocos vidrios que quedan. Entonces suenan las alarmas y nos encierran a todos hasta que ningún pedazo de vidrio quede accesible. No sé su nombre; ninguna de las locas lo sabemos porque ella no habla y, porque, con nosotras, no habla nadie.

Tengo catorce años.

Oxímoron

Muerta en vida, tensa calma, fuego helado, gigante liliputiense, doloroso placer, locura lúcida, felicidad angustiada, ir a ningún sitio, tragicomedia, secreto a voces, llena de vacíos. La violencia sexual me había convertido en un oxímoron. No tenía forma de explicarlo salvo cuando conocía las historias de otras mujeres quienes, como yo, también se habían convertido en oxímoron fruto de la violencia.

A veces, la locura permanecía dormida por semanas, meses o años, hasta que la necesidad urgente de denunciar, pública o judicialmente, parecía ser la única puerta de escape frente a perderse para siempre en la esquizofrenia de un oxímoron andante.

El oxímoron se volvía más fuerte cuando, al hacer públicas las historias, como corolario ineludible, llegaban los ciclos de revictimización: la defensa de los denunciados, la minimización de los hechos, la deslegitimación de la palabra de denuncia y la histerización de las mujeres tipificándonos como locas y responsables de la violencia, también del trauma.

La violencia sexual tenía ese tinte particular: rompía el cable a tierra y te convertía en un ser híbrido parido por la contraposición irresoluble de contradicciones. Era imposible entender la violencia sexual, no había una causa, una explicación plausible, no era la consecuencia de algo, pero siempre era el fin y a veces también el medio.

Rarezas comunes somos las mujeres oxímoron, una nueva especie y aun así parte de la misma, ocho de cada diez.

Cuando decidí dejarme morir de inanición y el peso se volvió el inicio y el fin del conflicto, balanzas y espejos fueron desterrados, prohibidos. La primera vez que pude verme nuevamente en un espejo no me reconocí, habían pasado tres años. El electroshock y la desnutrición me habían dejado apenas una delgada madeja de cabello hirsuto. Los pómulos de mi cara desnutrida estaban desproporcionadamente pronunciados, le seguían un par de ojos redondos y hundidos, los labios rotos y unas ropas anacrónicas que cubrían mis huesos expuestos. Esa era yo, o lo que quedó de mí, luego del abuso sexual que me llevó a la anorexia y a la locura. Al perfeccionismo mediocre de buscar la muerte sin mayor tesón ni certeza.

Pese a la desnutrición enfermiza, mi cuerpo de formas gráciles siguió bombeando sangre y oxígeno, le ganó la batalla a esa mente enferma, decadente y enredada. Ya no era una niña, era una adolescente de dieciséis años con apariencia cancerosa. En el psiquiátrico, que en palabras bonitas era más bien un centro de reposo, tampoco había espejos ni balanzas, pero Lolita, la anciana senil de 80 años, tenía un espejo. Le gustaba ver cómo la peinábamos y maquillábamos por horas. Cuando Lolita se miraba en el espejo aún tenía dieciocho y le encantaba contemplar su rostro joven y terso.

Como en un cuento de realismo mágico, en aquel espejo fue la primera vez que vi a ese ser híbrido, un camaleón inalterable, el oxímoron. Para los psiquiatras, el oxímoron se traducía según el DSM IV, en maníaco depresión, anorexia nerviosa, trastorno obsesivo compulsivo.

Tenía dieciséis años.

Ascetismo

Temor al “ello”, asco, negación de las pulsiones, de los instintos, condena rotunda a cualquier manifestación de hedonismo o placer material. Búsqueda de la perfección moral y espiritual. Exceso de “superyó”.

Durante mucho tiempo, mi vida giraba en la inalcanzable búsqueda del equilibrio perdido. Era una madeja de contradicciones: entre el hambre y el ayuno, entre el egocentrismo y la abnegación altruista. La consecución de la perfección moral me condenaba a la permanente necesidad de escape de un cuerpo impuro, sucio, grotesco. En la búsqueda de la condición asexuada e inmaterial, en la negación de la fisiología humana que se traducía finalmente en la negativa de comer.

El tormento de la pureza y la suciedad, la vivencia del cuerpo impuro, obsceno, sucio. El conflicto con el ser sexuado, con la capacidad de dar vida, con la materia. La negación de la sombra, de cualquier esbozo de deseo. La imposibilidad de reconocer mi propia sombra, espejo de la contradicción de mi existencia material. La imposibilidad de reconocer mi egocentrismo maquillado de altruismo como búsqueda insaciable de afecto y atención.

La austeridad y la renuncia, la vocación de servicio, el “marianismo”, la sensibilidad desmedida con el dolor de los otros y la negación de mi propio dolor. El deseo de desaparición material, de sublimación de las pulsiones del hambre, la sexualidad y la agresión.

Esa era yo, un ser ascético, una subespecie de oxímoron que se enquista especialmente en mujeres que sobreviven violencia sexual. Mujeres con un tejido psíquico y social fértil para parirse ascéticas como resultado de siglos de pacto patriarcal y marianismo.

El oxímoron ascético se traducía, en las ciencias de la psiquiatría moderna, a un diagnóstico de anorexia nerviosa.

Tenía diecisiete años cuando estudiaba psicología y logré completar el acertijo.

Cable a tierra

Si me preguntan cuándo deshabité mi cuerpo oxímoron y renuncié al ascetismo, pensaría que fue cuando parí a mi primer hijo, o tal vez un poco antes, cuando la militancia me volvió a parir a mí. Me quitó el narcisismo y la autocompasión para sublimarlos en la ternura con la que decidí dedicar la vida a la causa ecologista y abrazar la lucha popular.

Aquel derroche de sensibilidad en el cuerpo: 40 kilos de existencia material, pero más de 100 kilos de dolor e indignación, fueron la puerta a la locura. Cada poro, cada una de mis células supuraban enfermos de sensibilidad desmedida. Incapaz de adaptarme a la indiferencia colectiva frente al dolor de los otros, a mí me dolía todo, me indignaba hasta la médula, hasta el vómito.

Incapaz de volver la cara ante el habitante de calle pretendiendo que no existe, nunca pude aprender ese adoctrinamiento social de invisibilizar lo que no se quiere ver, de arrancarte el corazón y seguir como sino nada. A mí me dolía el mundo hasta la locura.

Y esa sensibilidad exacerbada y supurante brotaba de mí con militancia apasionada. Cual aporía, la causa fue la cura. Me devolvió la vida, me sacó del manicomio y de la locura y del ascetismo y del ensimismamiento. Nunca fueron los psiquiatras, ni los internistas, ni el régimen de tortura manicomial. Nunca fueron los psicofármacos, el elitizado método psicoanalítico, ni el encierro disfrazado de reposo. La militancia sublimó dos páginas de psicopatologías diagnosticadas en

otra clase de locura, esa que se moviliza y que palpita en colectivo. La de la defensa irrestricta de los comunes y de la utopía.

Luego llegó mi primer hijo, y con él la magia volvió a mi vida. Se llevó a pedacitos el ascetismo. Me devolvió la risa y la alegría y el asombro. Me regaló el equilibrio. El reconocimiento de un cuerpo entero, gozoso, capaz de sentir, amar y dar vida. Con él volví a descubrir la vida desde abajo, gateando y a balbuceos. Juntos aprendimos a comer, a hablar y a caminar, un paso a la vez.

Acababa de cumplir los veinte años cuando nació y desterró definitivamente al oxímoron de mi vida. Desde entonces, la primavera suplantó al invierno... Y el colectivo, al individuo...

Histeria
(o de la violencia sexual)

Si mi útero hablara

Si mi útero hablara, pararía el mundo, la iglesia, el Estado. Los obligaría a escuchar sus historias. Por ejemplo, la de cómo fue mutilado nada más con la firma de la pareja mientras paría. Bastó un consentimiento ajeno para dejarlo roto, trunco, incapaz de dar vida, como una vasija hueca. Contaría de cómo al despertar se supo arrancado para siempre, propiedad de otro que decidió por ella, por sobre ella y con amparo de las leyes. Si hablara, contaría cómo en adelante se sintió una mujer incompleta, insuficiente, media mujer quizás, con tan solo veintinueve años. Contaría de todo el tiempo que le tomó buscar las costuras, la fuerza y el valor para tejerse de vuelta.

Contaría que la medida fue impuesta por su pareja como castigo a su excesiva fertilidad, que era un estorbo innecesario para un hombre como él, un hombre que no estaba dispuesto a usar anticoncepción. Narraría con tristeza los dos abortos inducidos por el miedo y la coerción. Lloraría los recuerdos de la sangre, el dolor y las infecciones de los procedimientos clandestinos que fueron el único recurso al que pudo acceder en un Estado laico. Contaría de sus conversaciones con la muerte, de lo cerca que la acarició cuando la sepsis se tomó cada célula y tejido uterino.

Contaría de todas las veces que fue invadido pese a decir “NO” con firmeza y con llanto hasta quedar paralizado. Hablaría de las impunidades, no solo de las judiciales, porque las que más le duelen son

las impunidades sociales. Abriría el incómodo reclamo de la complicidad social frente al sexo no consentido cuando viene de la pareja o la expareja, porque, al parecer, el límite es delgado y la palabra propia no cuenta, aunque el “NO” sea radical. También interpelaría a las familias y a los silencios encubridores cuando el abuso llega en la infancia o en la adolescencia y es mejor “tapar” el escándalo de violencia sexual para evitar la vergüenza pública.

Si mi útero hablara, explicaría cómo nunca tuvo siquiera derecho a sentir dolor, porque a los pocos días de ser cortado debía hacerse cargo de la cocina, los pañales, la casa y el trabajo remunerado. Nos daría una lección básica de la relación entre la producción y la reproducción en el capital, porque su capacidad de dar vida fue siempre un estorbo improductivo y las licencias de maternidad resultaron un privilegio desconocido, inaccesible.

Si mi útero hablara, le encantaría sentarse con Hipócrates, Freud y sus discípulos. Les diría que tiene voz propia y que está muy lejos de ser un órgano móvil que deambula por el cuerpo causando enfermedades. Les devolvería los trastornos sintomáticos, psicósomáticos y las psicopatologías que le atribuyen: los sofocos, las pasesias, las convulsiones. Les contaría que en él habita el corazón de la resistencia feminista.

Si nuestros úteros contaran sus historias, el mundo pararía. Tendría que detenerse frente a todo el horror que se perpetúa enraizado en el patriarcado y los valores cristianos. No le quedaría alternativa.

Fue a los treinta y cinco años cuando logré coserme las mutilaciones y parirme de vuelta.

La cárcel

Cuando miro en retrospectiva e intento pensar qué tanto fue mi decisión y qué tanto su imposición, no tengo respuestas precisas. En muchas ocasiones sentí que, al interrumpir el embarazo, finalmente cerraría el ciclo de esa relación violenta. Esperaba que el dolor de la interrupción se convirtiera en el punto de quiebre frente a años de violencia doméstica encarnada en golpes y tortura. Esperaba que fuese el fin de la violencia emocional, de las infidelidades y del control. No fue así. Me tomó un aborto más y un segundo hijo cerrar el ciclo. De todas formas, accedí.

Él consiguió el número de teléfono, pero no se atrevió a llamar. Me lo dio para que lo hiciera yo. No sé si era cobardía o que no quería cargar con la culpa. Al otro lado de la línea me contestó una mujer con voz calma, pero parca. Me dieron su número, le dije, y no supe terminar la frase. Ella esperó con paciencia, tampoco la terminó por mí. No recuerdo lo que dije exactamente, hablamos apenas con imprecisiones. Al final me agendó una cita para el día siguiente, me indicó la dirección e insistió en que una hora antes de ir debía tomar un medicamento. Le pedí unos minutos para registrar toda la información y colgamos.

Al día siguiente, en la mañana, compré la pastilla que sugirió la obstetrix y encargué a mi hijo en casa de una muy querida amiga. Ella me abrazó, no pidió detalles. Me encontré con mi pareja y no logro recordar con claridad qué me dijo o qué hicimos antes. Toda mi

memoria para ese momento se vuelca en una pastilla, en esa pastilla que debía tomar una hora antes y que marcaba el fin de una decisión dilatada por semanas, meses.

Caminamos hacia la dirección señalada, una calle estrecha en un barrio del centro de Quito. Nunca más pude volver a caminar por ahí, me temblaba el cuerpo cada vez que intentaba hacerlo. Nos detuvimos frente a la puerta de entrada. No era una clínica ni un centro de salud ni nada. Era una casa vieja con varios cuartos rentados como oficinas. El crujir de las gradas nos dirigió al cuarto indicado. Ahí nos recibió una obstetrix: no era joven ni vieja sino una mujer madura, bajita y que cojeaba ligeramente. Tenía una asistente que, diez años después, no tengo idea de cómo lucía; sólo me queda su voz, su voz y su tacto.

El consultorio tenía una mesa, un par de sillas y una suerte de camilla improvisada que terminaba en un basurero grande con una funda negra. Me invitaron a pasar. A él le dijeron que se marchara, que regresara en dos horas, que al regresar espere afuera hasta que lo llamen. Una vez dentro, mi cuerpo temblaba. Recuerdo que hacía frío, recuerdo que fueron amables y cariñosas. No les guardo rabia, no les tengo acusaciones, en aquel momento hicieron lo que podían en el contexto de un país que ha preferido vendarse los ojos y mantenerse al margen de todas las muertes, las complicaciones, las historias.

Me preguntaron, una vez más, si estaba segura de la decisión. La primera vez lo hicieron por teléfono. “Sí, no tengo opción”, murmuré bajando la mirada. Me pidieron desnudarme de la cintura hacia abajo y recostarme en aquella camilla. Les tomó unos minutos preparar los instrumentos.

Una vez que me colocaron el espéculo, empezó una verdadera tortura. Sin anestesia, la obstetrix introdujo en mi vientre grávido una

serie de instrumentos metálicos: jeringas, curetas, cuchillas. Lo hacía con la pericia de quien lo ha hecho muchas veces antes y sin inmutarse. Yo sentía mi sangre tibia chorrear por toda la camilla, mojar mi espalda, mis nalgas, el piso. Estaba aterrada, había una laguna de sangre y coágulos debajo de mí. El dolor era insoportable, empecé a llorar y a gritar con tanta fuerza, con tanta desesperación, que pensé que moriría de dolor ahí mismo.

Gritaba que paren, que me iba a morir, que no soportaba el dolor. Recuerdo a la asistente intentando calmarme, rogando que dejara de gritar porque podrían escucharnos en otras oficinas. Y recuerdo a la obstetrix, recuerdo su molestia al explicarme que era imposible parar, que si no terminaba correctamente el curetaje, entonces sí, podía morir. Luego ya no recuerdo, solo tengo la imagen de haberme sentido fuera de mi cuerpo y escuchar mis gritos como si no fueran míos. Vomité dos veces, empecé a temblar, me cubrieron con mi propia ropa y sostuvieron mi mano y mi cabeza.

No sé cuánto tiempo transcurrió, una vez más, solo me queda la memoria sensorial, la del miedo, la del terror, la del vómito y el mundo dando vueltas. Cuando sacaron el espéculo, me colocaron una especie de pañal y me arroparon. Creería yo, que incluso lo hicieron con dulzura. Yo no podía hablar, mis dientes chocaban entre sí, todo mi cuerpo temblaba. Perdí la conciencia.

Cuando desperté, él estaba afuera y la obstetrix le explicaba las medicinas que debía tomar, lo que podíamos esperar y las señales de alarma. Le decía que deberíamos haber ido antes, que habíamos esperado demasiado tiempo. Recuerdo que, como hacen las parejas modernas, pagamos cada uno la mitad. Recuerdo que para mí era mucho dinero. Para él, representaba una pequeña fracción de su salario.

Las horas siguientes las padecí entre la náusea, el dolor, la somnolencia y la fiebre. Ninguna toalla era suficiente, me cambiaba cada diez a quince minutos. De los días posteriores recuerdo haber despertado con fuegos en mis labios, en mi rostro, deshidratada y débil, mareada, confundida. Cuando me diagnosticaron una sepsis como resultado del procedimiento, me negué a ir a una casa de salud. En Ecuador la interrupción voluntaria del embarazo está penada con prisión y me aterraban la cárcel y el escarnio público. Inicié con media docena de fármacos vía oral y regresé al trabajo militante.

Por esos mismos días se firmaría el primer contrato megaminero con una multinacional China, que dio inicio a lo que el entonces presidente de la república llamaría: “La era minera”. Para el movimiento ecologista, para nosotros, los militantes por el agua y los territorios libres de megaminería, era un día de luto. Para mí era un duelo doble.

Entre el delirio de la fiebre y el sangrado organizamos la toma pacífica de la embajada China. A dos días de aquel traumático procedimiento, estoy presa, golpeada, detenida, séptica. No me han aprehendido por el delito de interrupción voluntaria del embarazo, nos han detenido por la toma pacífica del bunker en el que se cuecen los contratos megamineros.

Tengo veintiséis años.

La toma pacífica

Cuando llegamos en dos taxis al bunker de la embajada, no tenían la menor sospecha de lo que pasaría. Nos abrieron con amabilidad como si fuéramos turistas que venían a tramitar sus visas. Vestíamos semiformales, éramos todas mujeres, y llevábamos en el cuello decenas de bufandas, bufandas de todos los colores y de todos los países.

Nos invitaron a pasar a la recepción central y, lo demás, todo lo demás, fue un interminable golpe de suerte. Ocupamos la oficina perfecta, en el día perfecto y a la hora perfecta. Todo sin haberlo estudiado demasiado.

Cuando le dijimos a la recepcionista que veníamos a dejar una carta de denuncia de la inconstitucionalidad de la firma del contrato del proyecto megaminero Mirador, se sorprendió tanto que salió de la oficina a preguntar lo que debía hacer. Ese minuto bastó para que con las mil y una bufandas amarráramos la puerta que casualmente tenía dos barandillas perfectas para ser amarradas. Serendipia, o quizás, sincronía jungiana.

Desde esa oficina se controlaba el acceso, las puertas y las cámaras. Una vez bloqueada la puerta estábamos seguras. La toma había sido un éxito. Lo demás era esperar a que nuestro comunicado se hiciera público, se encendiera la indignación colectiva y la firma del primer contrato megaminero quedase manchada de rebeldía y resistencia.

Cuando las fuerzas policiales llegaron en buses, por cientos, nos sentamos en círculo, amarrándonos con los brazos en un telar de mujeres. Las fuerzas especiales cortaron una a una las bufandas desde fuera y entonces se desató el desalojo violento. El espectáculo del poder: mujeres policías, arrastrando a mujeres activistas de los cabellos, de las piernas, de la ropa, para cumplir la agenda de la multinacional megaminera y el gobierno de turno.

Mi cuerpo débil, con un aborto séptico en curso, recibió patadas en el vientre, en las nalgas, en la espalda, torceduras en todas las articulaciones que, años atrás, había memorizado cuidadosamente en las clases de morfofisiología. Golpeadas, pateadas, semidesnudas, nos subieron a las ocho mujeres en un bus custodiado por decenas de policías que nos llevarían al centro de detención provisional a la espera de la audiencia de flagrancia.

—No me golpee. Tuve un aborto hace pocos días. Por favor no más golpes ni patadas. Estoy sangrando, algo no está bien y necesito ir al baño — Le dije a una de las policías mientras me quitaba todas las pertenencias.

Por primera vez en mi historia de detenciones militantes pude sentir que la empatía traspasaba el rol de policía-detenido y primaba la sensibilidad ante el dolor de la pérdida; esa comprensión únicamente femenina del duelo incluso en los abortos interrumpidos voluntariamente. En el baño, me regaló toallas sanitarias y me dijo que pediría que un médico me examine. Me sujetó de la muñeca torcida, esta vez con suavidad.

Los peritos médicos deben hacer el informe del estado de salud. Registran los moretones, los golpes, los esguinces, las heridas y les surgen preguntas al notar mi incesante sangrado. Les preocupa la fiebre.

Quieren saber si el aborto fue antes o después de la detención, quieren saber si los golpes lo provocaron. Me quedo en silencio, paralizada, recordando, una vez más, que en mi país el aborto está penalizado con privación de la libertad. “Tienen que pedir que la saquen”, murmuran.

Tengo veintiséis años.

La primera vez que me golpeó

Antes de los abortos estuvieron los golpes. Antes y después. La primera vez que me golpeó, él había bebido demasiado. Al día siguiente, cuando despertó, se mostró consternado y me ofreció disculpas.

La segunda vez estaba sobrio. Nuevamente se consternó, pero esa vez fui yo la que pidió disculpas y llorando supliqué que me perdonara. Él se justificó, me dijo que era el cansancio, la falta de sueño, una reciente pérdida, el estrés del trabajo. Yo le di la razón.

Muchas otras siguieron de la mano del alcohol. Él tenía una suerte de furia reprimida y me decía que yo era la responsable. Me aseguraba que nunca había pasado con nadie más, que era yo quien desencadenaba esas reacciones, que el alcohol dejaba salir heridas, dolores y que no entendía por qué yo intensificaba su ira. Siempre fui la culpable.

En otras ocasiones él no recordaba nada, yo le contaba, llorosa, al día siguiente. Él lo negaba, decía que no podía haber sucedido o que yo estaba exagerando. Y yo, yo sentía que nunca había amado tanto y también que nunca había sido tan dependiente y vulnerable. Le temía y lo admiraba. Hubiera dado la vida por él, sin pensar.

Llegaron las exigencias, las amistades restringidas, los viajes limitados, las actividades buenas y las inapropiadas. Y de pronto, me encontré sola, él era mi mundo, todo mi mundo y yo era feliz, extrañamente feliz. Durante varios años sentí que vivía y moría por él.

No sé exactamente cuándo empezó a romperse la burbuja. No sé cuándo empecé a sentir los abusos y la violencia, las infidelidades y la mezquindad. A veces pienso que fue el embarazo, pienso que mi hijo me salvó de aquel círculo. Cuando me embaracé y, mucho más, cuando el bebé nació, la violencia me pareció aterradorante.

Cada vez que él bebía, yo me encerraba con el pequeño en cualquiera de los dormitorios libres. Recuerdo haber dormido con el bebé en el suelo con unos pocos cojines varias veces, con la puerta cerrada mientras él la golpeaba. Recuerdo haber llamado a la policía, recuerdo la desesperación y la angustia. Recuerdo que los empujones, jalones y golpes dejaron de darse solo en el espacio privado, luego fueron en el supermercado, en la calle, en la casa de los amigos, sin que nadie hiciera nada.

No sé en qué orden se dieron las cosas, si su violencia desató mi rebeldía o si mi rebeldía exacerbó su violencia. Yo ya no tenía miedo y entonces los episodios de agresión eran cada vez más frecuentes y más violentos: golpes de puño, empujones, torceduras de brazos y muñecas hasta dejarme caer en llanto en el piso. Dejé de documentar los moretones en brazos y muñecas porque siempre, siempre pensé que no era tan grave y que de alguna forma era mi culpa. Aún guardo unas pocas fotografías a las que recorro insistentemente cada vez que él quiere convencerme de que no sucedió.

Una noche, la agresión fue tan brutal que se convirtió en tortura: una larga sesión de golpes para que confesara lo que él quería escuchar. Cuando al día siguiente me dijo que se sentía horrible y me pidió disculpas, le pregunté en qué se diferenciaba él, como militante de izquierda, de sus torturadores.

Los chantajes se volvieron una constante, me amenazaba con quitarme la custodia del bebé, me decía que revelaría mi historial mé-

dico, mi historial militante que incluía varias detenciones, me amenazaba con revelar información privada. Me convenció de que yo era una mala pareja, una mala madre, una mala mujer.

Me tomó años entender la reivindicación de que la violencia doméstica no es un asunto privado sino un problema público. Fue la ternura del relato de vida de decenas de mujeres recicladoras — quienes han transformado la basura y las violencias en organización, resistencias y re-existencias— lo que me permitió escribir también mi propia historia.

María Aurora, compañera recicladora, durante horas me narró las lógicas de empatronamiento (ser regaladas a patronos como trabajadoras domésticas condenadas al abuso sexual recurrente), callejización, violencia sexual, trata y tortura a la que la expusieron su padre y pareja. Su relato sería parte de un libro de mujeres recicladoras que escribíamos a varias manos. Cuando le pregunte a María si quería censurar algún episodio de su relato, sin dudar un segundo me dijo: “yo quiero que escriban todo, todo, porque quiero que mi testimonio sirva para denunciar desde la palabra lo que la ley ha dejado impune, y porque quiero que ninguna otra mujer viva lo que yo viví”.

Así me siento yo. Ocho años después de la primera vez que fui golpeada, solo me queda la palabra, la palabra escrita como antídoto a la negación, el olvido y la impunidad.

Tengo treinta y dos años.

Los hijos deben tener apellido

María Aurora es una de las cuarenta y dos mujeres recicladoras que generosamente abrieron sus vidas para un proyecto académico-literario que nos llevó varios años. “El libro de las brujas”, lo llamamos coloquialmente. En más de quinientas páginas, el libro recoge los relatos de segregación, expulsión global y criminalización que han vivido las recicladoras en América Latina.

Muchas recicladoras han nacido y morirán sin tener ninguna propiedad más allá de su fuerza de trabajo y sin tener voz. El reciclaje, sin embargo, ha sido la síntesis de las resiliencias y resistencia de las brujas que retornan a las ciudades para reivindicar su oficio, reterritorializar el espacio social del que fueron despojadas, recuperar sus medios de producción y exigir su derecho al acceso “cierto y seguro” a la basura como bien común.

El libro de las brujas teje la historia de mujeres recicladoras que han sido vendidas, regaladas, empatronadas, quemadas, encarceladas, perseguidas y violentadas. Narra la historia de su cacería, pero a su vez, la historia de su lucha para garantizar que sus nietas, bisnietas y tataranietas —también recicladoras, también brujas— tengan tiempos mejores, y que la organización y la resistencia logren vencer el dominio del capital por sobre la vida digna.

María Aurora es una de las brujas que, con generosidad, abrió el corazón de su relato. La muerte prematura de su madre daría cabida a

que su padre la empatrone. La entregue como mercancía de trueque a cambio de un par de monedas. Regalada como empleada doméstica, vivió la esclavitud moderna de las “trabajadoras puertas adentro” y el abuso sexual de sus patronos varones en complicidad de sus patronas mujeres. Nunca percibió un centavo por los años de trabajo esclavo. El techo y la comida eran la paga.

Huyó a las calles para recuperar su libertad y la soberanía de su cuerpo. Entonces, su amiga la volvió a vender como si fuera nada más carne o un orificio hueco. Sin alma. La violencia sexual le dejó a su primera hija. Embarazada, callejizada, sistemáticamente abusada, aceptó casarse con “el primer hombre que apareció”.

“Los hijos deben tener apellido”, supo explicarme cuando le pregunté cómo aceptó casarse con un desconocido, alcohólico y violento. “Quién más me iba a querer así, embarazada, sucia y en la calle”, espetó.

Con el apellido de su hija, firmó también su sentencia de tortura perpetua. La violencia física y sexual no tuvieron límites. Las palabras no alcanzan, las lágrimas de la indignación siguen brotando. Él se comió, literalmente, las boletas de auxilio. Engulló cada papel triturándolo con sus dientes podridos por el alcohol. La golpeó, la arrastró, la tiró y la volvió a golpear en el piso. Maríaerdió piezas dentales, sufrió múltiples fracturas y graves contusiones. Mil y una veces. En la casa, en la calle y en el mercado. Y cuando le faltaba el alcohol o la diversión, la ferió, la prostituyó —cual remate— a cualquiera de sus amigos que le ofreciera unas monedas, acaso un billete. Lo hizo frente a sus hijos pequeños, como en un espectáculo de perversión, desconexión moral y crueldad.

Cuando conocí a María Aurora, escribimos y lloramos juntas en un pequeño café durante horas. Luego caminamos “a pie de vere-

da” con un cochecito destartado de bebé, recogiendo las bolsas de reciclaje. Ese cochecito era su medio de trabajo. “A pie de vereda”, la historia fue lluvia y niebla y finalmente sol. Hace casi una década que se separó y ya no le tiene miedo. Sus hijos crecieron y ahora es abuela y dirigente y vocera. Ahora es coordinadora zonal y presidenta de su organización.

Al día siguiente, llamé a un abogado y finalmente me divorcié. Dos abortos, y mil y un golpes después, había cerrado el ciclo. Desde entonces, María Aurora es mi bruja favorita, mi amiga y mi maestra. Le debo la alegría y la fortaleza. La magia y la risa.

Tengo treinta y dos años.

Amor a cielo abierto

La primera vez, hace media vida, llegué en un taxi luego de ofrecer al conductor el doble de la paga regular para que aceptara llevarme. En ese entonces era territorio prohibido. El botadero y los barrios que lo rodeaban eran zona roja, zona de microtráfico, sicariato y violencia extrema. Los cadáveres aparecían en medio de la basura de tanto en tanto. Los comisarios municipales usaban armas de fuego y no les temblaba la mano para disparar a las familias recicladoras cuando incumplían sus órdenes o si no pagaban el “derecho al piso”.

A la entrada de la parroquia, el artista “Pincel de Cristo” exhibía su obra maestra: un mural en el que Pablo Escobar, el Chapo Guzmán, Osama bin Laden y los capos del barrio daban la bienvenida. Le llaman la favela de San Pablo. Y más arriba, en el fin del mundo, justo donde termina la “civilización” y comienza la “barbarie”, se levanta el barrio Los Cañonazos. “El infierno de Dante”, lo había bautizado para mí misma. El olor putrefacto y la bruma de gas metano. El paisaje: montañas descomunales de basura, biogás, incendios y gallinazos. Cientos, miles de carroñeros conviven con nosotros. Los gallinazos se han convertido en compañeros silenciosos, ágiles, agazapados, sigilosos. Me encanta contemplarlos, especialmente en los meses de invierno. Cada vez que cesa la lluvia, se abrazan con sus alas y forman una especie de tejado para aprovechar cada rayito de sol y secar su plumaje espeso. Se alas-an.

Los gallinazos conviven con los cerdos y las vacas y los perros y los gatos, también con las garzas, que parecen las princesas del cuadro. Exó-

ticas, sublimemente blancas. Un ecosistema perfecto, la muestra viva de que la naturaleza encuentra camino siempre, de cualquier forma.

Y ahí, en medio, en el centro, arriba y abajo están ellos y ellas. Mis compadres, comadres, ahijadas, compañeros. Chamberos, basureiros, carroñeros, cartoneros, cirujas, ñeros. ¡Cuántos nombres despectivos para enunciarlos! Ahí viven y laboran cientos de familias recicladoras. Y aunque suene incomprensible, es un espacio feliz.

El botadero es magia, es tanta magia que se deshace en los dedos como el biogás que juega a imitar la niebla. El botadero es el trabajo que da el sustento, la cancha de fútbol que lanza goles de colores, es la organización y la comunidad. El lugar del primer beso, de las mariposas en la panza, de los juegos interminables y de las fogatas. Es la montaña rusa de los abrazos, de las risas interminables y el mejor lugar del mundo para contemplar la puesta del sol. En ese pedacito escondido en aquel liliputiense país en la mitad del mundo, el bosque protector costanero abraza, con los árboles de ceibo gigantes y monstruosos, los últimos rayitos de sol color naranja. Ahí comienza y termina el mundo.

Ahí se pare, se nace y se muere. Ahí te enamoras y haces vida y amigos e historia. Es justo ahí donde Leonela decidió enfrentar a todos y dejar de ser Jairo. Ahora es una hermosísima recicladora transgénero. Ahí mismito Margarita parió media docena de hijos, los vio crecer y de ahí les dio el sustento. Magali perdió a su primer esposo, atropellado por la máquina compactadora, y conoció a su segundo marido y ahora es abuela y dirigente.

También Marisol vio a su hija menor quemarse los pies y las piernas cuando el aserrín se prendió y dio inicio a un voraz incendio. Hundida en la podredumbre de residuos mezclados como si fueran un pantano interminable, corrió hasta llegar a su hija de ocho años

para apagarle el fuego. Y Teresa, a ella el botadero la hizo una mujer de coraza dura, una concha que parece impenetrable. Ella trabaja en el muladar desde los seis años; hace poco cumplió los treinta y nueve, tiene cinco hijos y cuatro nietos. Su esposo y su primer hijo están perdidos en el polvo blanco. Sus hijas fueron madres, como ella, antes de ser adolescentes.

Ahí me explotó un remolino de biogás, quemándome las pestañas y las cejas y las córneas. Con la piel quemada y las córneas ulceradas salí tambaleándome de las montañas de basura. A la explosión le siguieron dos tifoideas, una hepatitis, decenas de episodios de piojos y la piel de la quijada llena de micosis. Siempre regresé. Debe ser esa energía Jungiana que se siente en el botadero: el cúmulo del inconsciente colectivo, el inicio y el fin de todo, el centro de la tierra, magma vivo.

Pero ese infierno, como todo infierno, tiene monstruos. Uno en especial, uno que siempre temí y detesté, al que quisiera desterrar de la historia y enterrar con las montañas de basura. Cambia de forma, se camufla, se disfraza. A veces es hoja, a veces polvo blanco, a veces gotas o jeringas. Es etéreo y material. Y todo lo pervierte, todo lo destroza, todo lo prostituye. Lo odio con todas mis fuerzas. Es el responsable de la violencia y la perpetuación de la miseria, y de la mierda y de la sangre y del dolor. Y todos lo ven y nadie lo nombra y devora los cuerpos. Los convierte en entes caquéticos con los ojos perdidos y los cerebros muertos. Pero, sobre todo, se come los corazones, y entonces ya no sienten ni amor, ni dolor, ni empatía ni magia.

Los Cañonazos, mi primer gran amor, el amor de mi vida. Llevamos más de quince años juntos.

Las gallinas

Les llaman gallinas porque casi nunca se ponen de pie, caminan tal cual aves y mueven la cabeza y el cuello circularmente con los ojos perdidos. Se amarran los dedos de los pies, uno a uno, con fundas de plástico anudadas como hilos. Tienen los dedos deformes, han perdido un par de ellos y están comidos por la sarna y los hongos.

Con la piel sangrante y purulenta, están bañados en sus propios fluidos, una mezcla de excrementos, orines y vómito. La H les quitó todo, incluso la mismísima condición humana. Los conocí de niños, chambeando en el botadero, ayudando a su madre, una mujer discapacitada que ha vivido la violencia desde el nacimiento.

Nació con una discapacidad visual e intelectual y quedó huérfana muy chica; la criaron a golpes. Su hermana mayor fue su única familia hasta que uno a uno nacieron sus hijos, todos producto de relaciones abusivas y violentas. Siempre la encontré golpeada, cojeando e incluso quemada. Su última pareja intentó matar a su hijo, lo quemó con agua hirviendo y ella, como leona, se puso al frente y se quemó también. Desde entonces, los dos llevan las marcas del fuego en el rostro y en los brazos y en el pecho.

Nelly siempre sonrío, sonrío con la boca, pero sobre todo con los ojos, el ojo bueno y el ojo malo, como ella los llama. Nelly nunca, pero nunca, falta a una reunión de la organización. La conozco media vida y aún no llego a comprender de dónde sale su fortaleza.

Ni las dinámicas de la crueldad, la desconexión moral y la indiferencia afectiva logran explicar lo que ella vive: sus hijos le vendieron todo. Las tablas de la casa, la cañita picada de las paredes, la ropa y la comida. La miseria por sobre la miseria, ella duerme en un colchón podrido en la intemperie.

Pero eso lo sobrelleva, lo que nos enloqueció a todos fue saber que la vendieron a ella, no una sino varias veces. La cambiaron por H y por bazuco y por goma, por cualquier veneno. No sé cómo se puede sonreír luego de eso, luego de que te convierten en orificio, en carne, en esclava sexual de tus propios hijos drogadictos.

Conozco bien el manicomio y no se lo deseo a nadie, excepto a ellos. ¡Qué aporía!

Decenas de veces los denunciarnos y fueron encarcelados, pero dicen por ahí, que ella misma luego los saca. A mí me dice que quiere internarlos para que se desintoxiquen. Recorremos en un taxi toda la ciudad de Portoviejo buscando un centro que pueda devolverles el alma, el corazón, acaso la humanidad perdida. Pero esas clínicas son más bien centros de tortura, impagables e indeseables. Todavía se acostumbra a atraparlos por la fuerza, sin su consentimiento, y encerrarlos para que cumplan las terapias de crueldad. Erradicar la crueldad con crueldad.

Nos dicen que hay algunos centros que aceptan el pago en comida, o que busquemos centros públicos. Esos siguen siendo unicornios: se habla de ellos, pero nunca nadie los ha visto.

Mientras tanto, en minga construimos para Nelly, su hermana y su sobrina, casitas de ladrillo para que los lobos, más bien dicho las gallinas, no puedan soplar y si soplan, que no puedan llevarse las maderas y la caña, pero sobre todo para que no puedan vender a su madre.

Son casas anti gallinas; no las pueden derribar ni vender ni penetrar. Desde entonces, solo vemos a las gallinas deambular por los pasillos.

Así nace el proyecto de vivienda popular. Tengo treinta y dos años, doña Nelly treinta y seis.

Barbarie
(o de la violencia política)

Los Encuentros

Sucedió en el cantón Yantzatta (que traducido del shuar significa “el valle de las luciérnagas”), en una parroquia amazónica pequeña que se llama Los Encuentros.

La parroquia hace honor a su nombre, tiene una panadería esquinera justo a nivel de una “t”. Ese cruce permite elegir el camino a seguir: subir a la cordillera, avanzar a Morona Santiago o regresar hacia Zamora Chinchipe. Es ahí donde todos esperamos el bus, ranchera o camioneta (si tienes algo extra de dinero). Pero ahí también se reúnen las personas a ver pasar el tiempo, que en esas geografías suele ser espeso, a veces interminable...

Y es justo ahí, en la “t”, que se viven impensables encuentros. En una de las bancas colectivas de madera envejecida y mohosa, se encuentra una joven, no tan joven, ecologista, que lleva su camiseta de “no a la mina”. Mientras sus colegas buscan un cibercafé para imprimir algunos formularios (llevan meses montando un proceso de monitoreo epidemiológico de las enfermedades que reportan las comunidades afectadas por megaminería), ella se sienta a cuidar cajones con pollitos de crianza. Los pollitos tendrán poco más de dieciocho días, pero pían tanto y tan fuerte, que es imposible pasar inadvertida. Resulta una escena graciosa: ella trata de leer a Coetzee mientras niños, niñas, ancianos y mujeres insisten en preguntarle por los pequeños ruidosos.

—Los pollos son un regalo para las familias de una de las comunidades afectadas por la megaminería. Son parte del sueño colectivo de que esas familias puedan retomar opciones productivas soberanas —intenta explicar en lenguaje sencillo y cariñoso.

La joven, no tan joven, también trata de encontrarse en Los Encuentros. No es la primera vez. Hace diez años que, por temporadas, se esconde en la cordillera para encontrarse. Acaba de salir de la cárcel, tiene un aborto en curso y necesita, más que nunca, encontrar de vuelta su camino, recuperar la primavera. La joven intenta evadir las preguntas concentrándose en su libro, pero en esos territorios las cosas no funcionan así, no existe el sentido de la interrupción. La “t” está pensada para interrumpirse, para acercarse, para contarse las novedades. Así que al poco tiempo desiste de Coetzee y se pone a conversar con ánimo.

Diez metros más allá, un extranjero que le duplica en estatura, de la mano de un comunero de la zona, bajan de una lujosa camioneta. Los directivos de la empresa megaminera siempre se aseguran de tener unas cuantas camionetas de *paraseguridad* detrás. Son intimidantes. Su sola presencia incomoda. El empresario y la ecologista se cruzan miradas, saben que deben compartir silla: la silla larga, continua, mohosa y vieja. Él se sienta con confianza e invita a su acompañante a hacer lo mismo; la ecologista se pone incómoda, piensa que una fotografía en ese preciso momento podría ilustrar una suerte de “crónica de una catástrofe anunciada”. Piensa en irse, pero no quiere que la sientan nerviosa, ni incómoda, ni insegura. Además, están los pollos, cientos de pollos que no dejan de piar.

Decide hacer lo suyo —con irreverencia, pese al frío y la lluvia de la cordillera—; se retira el saco para que no quede duda de la con-

signa de su camiseta: “No a la megaminería, comunidades contra el saqueo y la contaminación”. El minero continúa su diálogo en inglés, pretenden ignorarse el uno al otro, aunque él intenta una sonrisa benevolente. La ecologista se levanta, ingresa a la panadería a pagar su cuenta: un café y un dulce de manjar. El señor de la panadería le dice con mucha calma: “Por qué no le dice al gringo, ahora que está a su lado, que le pregunte no más directo todo lo que nos preguntan a nosotros sobre ustedes. Quién sabe, hasta podría ser que se hagan amigos o se enamoren, tanto interés que les tienen los de la minera, por algo debe ser”.

Con risa nerviosa, la ecologista le explica, intentando que no suene a juicio de valor, que ella no habla con asesinos. Le dice que esa empresa megaminera es responsable de graves crímenes en no menos de tres países africanos, y entonces ya no le importa que suene a juicio de valor: eso es justo lo que quiere.

Mientras tanto, llega otra camioneta, pero esta vez con obreros de la mina. Todos llevan la camiseta y el gorro de la empresa, como si fuesen obligados a membretarse el nombre de su dueño, y esta vez a la ecologista le invade la tristeza.

Reconoce en el grupo a sus compañeros, a amigos queridos con los que desde hace tanto comparte la vida de la comunidad en la cordillera. Son ellos, comuneros que viven una suerte de esclavitud consentida a cambio de un paupérrimo salario. Se alegran de verse, se abrazan, se preguntan las novedades, no se han visto en algún tiempo... meses quizás. Se cuentan las tristezas, los reclamos, aprovechan para la indignación retenida, para contar las injusticias, las violencias, todo en voz muy baja porque podría costarles el puesto de trabajo. Es mejor pretenderse ajenos y, luego de la emoción sincera, guardar

las distancias. “Ya conversaremos, ya nos estaremos viendo”: esta es la forma de forzar el desencuentro.

Así será hasta la próxima salida de turno o hasta que la empresa cancele los contratos temporales y vuelvan a sus casas a recordar que sus territorios y sus vidas han sido ocupadas y controladas por la multinacional. Llega la ranchera, siguen los encuentros, los besos y los abrazos con los compañeros que vienen desde Yantzatza, de regreso a sus comunidades. Deben hacer varios viajes de carga para ubicar todas las cajas de pollos. La ranchera ingresa en la selva, alegre, entre risas y píos.

Tengo veintisiete años.

Emplumados y emponchados

Le llamaron el Domingo Negro. Sucedió en un cantón pequeño de la sierra sur ecuatoriana, aunque no tenía nada que ver con pavos ni tartas de calabaza. La bruma caía espesa, como de costumbre en esas geografías. El estallido social comenzó temprano, y el humo de los neumáticos quemados se mezclaba con la niebla en una danza siniestra. Pero aquel estallido era, en realidad, festivo.

El operativo, sin embargo, fue violento, determinado, irascible. No dio tiempo de pensar, de correr, de huir... apenas de reaccionar. Los militares jugaron a hacerle la guerra a la niebla con gas pimienta. No se podía saber dónde empezaba el compuesto químico y dónde el vapor de nube.

Las arrastraban de los cabellos negros y trenzados hasta la cadera. A ellas y a ellos. Pero a ellas les levantaban las faldas, les tocaban los genitales con morbo, otros con asco, y las encerraban en los buses. Luego les amenazaban con violarlas: “Indias sucias y vagas, les vamos a violar”. Con cada uno de esos fonemas, varias veces, mientras reían con malicia. Las secuestraron, durante horas las desaparecieron mientras repetían con maquiavelismo todo su perverso sainete. El fin era claro, sentar precedente.

La crueldad, la tortura, la indolencia se justificaban porque para ellos (el pueblo uniformado), las indias eran emplumadas, emponchadas y salvajes. No tenían categoría humana, poco más que animales tal

vez. Les tocaron, les escupieron, golpearon y arrastraron. Mandíbulas rotas, piezas dentales perdidas, fracturas de cráneo, pero sobre todo las cicatrices de la violencia sexual, del racismo cruel, fueron el saldo del operativo negro.

En la oscuridad de la noche, en medio del frío de mi oficina, ella me cuenta entre llantos la historia. Tiene miedo, tiene rabia. Con espuma en la boca y los ojos aguados escupe la verdad para que yo la escriba en el informe que irá a cortes internacionales.

Viste una falda oscura y larga, una blusa bordada preciosa y un tupe de plata. Su sombrero redondeado y de ala ancha descansa en mi escritorio. El dolor se convertirá en liderazgo y, meses más tarde, será la voz de la denuncia. Luego, electa dirigente de la mujer en la organización indígena más importante del país, conducirá la resistencia.

Llevo noches sin dormir intentando plasmar con justicia en el papel del informe cada grito de dolor el terror de la tortura, el secuestro, la desaparición forzada, el racismo y la indolencia. El abecedario combinado en fonemas compuestos es absolutamente insuficiente, caduco, imperfecto. Cuando se deben retratar las graves violaciones de derechos humanos, la palabra apenas alcanza.

La abrazo con fuerza, sin saber que años más tarde serían mis genitales de mujer mestiza los que se expondrían a la guerra.

Tengo treinta años.

Los salvajes

Todo está militarizado. Aterra. Son monstruosos sus uniformes y sus armas, sus camiones y sus tanques. Hay cientos de ellos ocupando los caminos, las plazas, las iglesias. Sus neumáticos gigantes se entierran en el lodo ámbar de la cordillera amazónica y destruyen todo a su paso. Los helicópteros sobrevuelan muy cerca, se puede sentir el viento. Los cabellos se agitan y la piel se eriza. Puedo contar cada folículo turgente de vello en mi brazo.

En la ciudad capital, la vida continua indiferente. Los canales de televisión reportan pocas imágenes, como si se tratara de otro mundo, como si la guerra fuese más bien un enfrentamiento entre salvajes. La civilización planta un muro para separarse de la barbarie. El gobierno, que para ese entonces también es el Estado y el partido político, se encarga de crear su *paraverdad*, de justificar la violencia y responsabilizar del conflicto a los salvajes. “Los salvajes”.

Los mecanismos de la desconexión moral afloran en su máximo esplendor. El discurso y la acción gubernamental giran alrededor de la atribución de la culpa y la deshumanización, la justificación moral y el etiquetado eufemístico, la comparación ventajosa y el desplazamiento de la responsabilidad.

Nuestra camioneta está llena de medicinas, alimentos, ropa. Esta es la tercera brigada de atención en salud y ayuda humanitaria. Hemos conducido por muchas horas en los caminos estrechos de precipicios selváticos. El camino de la muerte le llamamos. Ahora lo han

bloqueado, hay decenas de militares, están armados y han cerrado el paso. Nos detienen, nos piden bajar del auto, solo estamos el conductor y yo. Al parecer conocen al conductor, por un momento pienso que eso podría salvarnos.

Los militares lo saludan y se lo llevan al margen para interrogarlo. A mí me jalolean mientras empiezan a romper todo: las cajas de medicinas, los sacos de arroz, de granos, las bolsas de pan, los saquillos de ropa. Despedazan todo en minutos. Explico, grito, lloro, imploro. Es inútil, he perdido la voz.

Me llevan al interior del campamento. Con sus manos grandes y calientes tocan todo mi cuerpo, lo manosean con morbo y rompen mi ropa. Me penetran con sus dedos, varias veces, varios de ellos. Primero la vagina, luego el ano. Ríen con ironía como un paroxismo de maldad. En mi llanto de histeria reconozco el llanto descontrolado de los berrinches de mi hijo pequeño. Tiene dos años. Recupero la conciencia, no son sus gritos, son los míos, estoy en el piso: golpeada, confundida, aterrada, sucia, muy sucia.

Saben mi nombre, saben lo que hago. ¿Les dijo el conductor? ¿Lo sabían antes y por eso me detienen? De todas formas, preguntan para qué fui, qué hago ahí, cuánto me quedará. Quieren encontrar algo que justifique la detención. Me recuerdan que la provincia está en estado de excepción y que tienen el poder de hacer lo que quieran. Yo no puedo dejar de llorar, no hablo, solo hago sonidos extraños, guturales: rugidos, gemidos, alaridos.

Me preguntan que por qué vengo a ver a los nativos, que eso está prohibido. “Los nativos”. En mi estado de despersonalización, con el cerebro fugado del cuerpo, no puedo dejar de pensar en esas palabras: nativos, salvajes.

Como a un cuerpo hueco, me arrastran de un lugar a otro hasta encerrarme en una pequeña oficina. Estoy semidesnuda y sucia, demasiado sucia. La noche desciende con su bruma pesada. Tengo frío; las horas se han vuelto interminables. Puedo sentir cada capa de mis meninges inflamadas, un dolor que se expande como oleadas y me impide saber de dónde proviene. Regresan. Me arrojan unas prendas — las mismas que llevábamos como donaciones— para que me cambie. Lo hago lentamente, impúdica, fuera de mí, hasta que me devuelven mi carnet y mi billetera con todos mis documentos. Entonces miro mi identificación, me reconozco, me habito.

Me empujan hacia la puerta donde me espera el conductor en la camioneta. Él me mira con horror, abre la puerta, me ayuda a subir y nos vamos. Los hombres no lloran y las mujeres no cuentan las historias, se las guardan porque no quieren que nadie conozca la suciedad, la humillación, la vergüenza que estas llevan. Permanecemos en silencio el resto del viaje. Duermo y despierto por intervalos; cuando despierto él me mira con horror y yo vuelvo a dormir.

Entre sueños el conductor me cuenta que lo habían contratado para “carrerear” hace unos meses cuando se dio el enfrentamiento armado e inició el operativo. Que ahí conoció a los militares y a la *paraseguridad* de la empresa minera. Que él intentó explicarles que nosotros somos gente buena, doctores, que venimos a ayudar a los nativos y que le habíamos contratado para una carrera. “Los nativos”.

Llegamos. Quedan pocas familias esperando, tenemos siete horas de retraso. Todo está roto, despedazado. Lloro, lloro y no puedo articular ni una sola palabra. Los compañeros de la comunidad buscan saquillos, intentan salvar lo que pueden, mandan a llamar a más gente, más mulas, más caballos.

Cruzamos la tarabita. Suspendidos casi 1 km por sobre el río Zamora, una ligera brisa me acaricia el rostro y, por primera vez, siento que el aire regresa a mis pulmones. Vértigo, náusea y finalmente alivio. Caminamos en la oscuridad de la noche, enterrados en el lodo. En las comunidades desplazadas, las mujeres han parido en medio de la selva, dos niñas han muerto, hay heridos y muchos han tenido que huir y esconderse. Estamos en guerra. No hay tiempo para llorar ni para contarse las historias.

Tengo treinta y un años.

...

¿Usaron guantes? ¿Cuándo te penetraron con los dedos, usaron guantes?

La primera vez que hablé, todo se centraba en los guantes mientras mi cerebro aún inflamado y confundido tenía imágenes borrosas, interferencias en los audios, ruidos intensos e intermitentes, descargas eléctricas que me llegaban como espasmos y sacudones repentinos. No puedo recordar. No sé si usaron guantes. Solo me queda el eco morboso de sus risas maliciosas. No sé sus nombres, no sé muchos datos que me dicen debería saber para presentar la denuncia.

El trauma. Los *flash backs*. El terror a los ruidos fuertes. La suciedad. Todos me acompañarán por años. No importa cuántos baños tome. No importa cuánto me restriegue la piel, cuánto me lave los genitales, cuánto jabón use. La suciedad no se va. El dolor está dormido, guardado. Y yo, yo solo tengo la desesperada necesidad de la verdad.

En la cuarta brigada no fui sola, y aquella vez ya no había militares. Una motocicleta de *paraseguridad* de la empresa minera siguió la

camioneta hasta el ingreso a la comunidad. Cuando me bajé, se acercó un tipo. Murmurando me preguntó si me había gustado y si por eso regresé. Esa vez ya no me tocaron, había cambio de gobierno y la guerra también había cambiado de forma.

Años después supe que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos definía que la violencia sexual cometida por agentes estatales, en abuso de su poder y aprovechando la vulnerabilidad de la víctima, como una forma de tortura. Solo entonces pude entender que no había nada malo conmigo, que las heridas de la violencia sexual permanecen enquistadas en los cuerpos individuales y colectivos de los pueblos. Solo entonces dejé de tener vergüenza.

Acababa de cumplir los treinta y dos años.

Meningoencefaloccele

Cuando cruzamos en la tarabita por encima del Río Zamora, las mujeres, los niños y las niñas nos esperan ansiosos. Han pasado meses. Hay tanto que contarse. Han muerto, han nacido, nuevamente se han dado enfrentamientos armados, han intentado recuperar su territorio ocupado por la multinacional China y el campamento minero ha sido quemado. Una vez más tienen juicios y procesos penales abiertos.

En el fondo está ella, no tiene más de dieciséis y carga en brazos a su pequeña. La protuberancia encarnada en su rostro como sanguijuela gigante no le ha quitado la belleza de la sonrisa. En cuanto puedo escapar momentáneamente de los abrazos del reencuentro, me acerco a ella, se llama Lily. Acaricio a la bebé, aún no tiene nombre, ni apellido, ni papá.

He perdido la cuenta de las discapacidades graves, síndromes y malformaciones que hemos documentado. En cada visita encontramos unas cuantas nuevas. Son meses de intentos fallidos para conseguir que sean atendidos en el sistema público de salud. El Estado les ha declarado la guerra por “nativos” y por “salvajes”.

Desde que Susana parió a Sandra, porque no quisieron ligarla en el hospital aduciendo que no llegaba a los treinta años requeridos (aunque ya tenía cinco hijos), y le diagnosticaron síndrome de Down, no han parado de nacer niños con marcas. Las marcas del mercurio amalgamado en las mismas ollas en las que también cocinan el

armadillo. Las marcas de la guerra, de la violencia armada, del empobrecimiento sistemático, de la desnutrición obscena e insultante. Algunos niños no escuchan, otros no caminan, otros no aprenden, todos están desnutridos y comidos por la sarna. Son niños sin orejas, los lóbulos se pudrieron, la escabiosis los devoró por completo y ahora solo queda una costra purulenta.

Dominga, la hermosa pequeña que cantaba canciones de cuna shuar mientras me trenzaba el cabello, ha muerto ahogada en una poza de la que no pudo salir. Es la poza de la pequeña minería. El abuelo acaba de morir, luego de que la gangrena en su pie infectado cubriera cada célula de su cuerpo anciano. Su agonía fue larga y rechazó cualquier intervención médica. Para él la dignidad en el buen morir estuvo siempre por encima y por delante.

Todo empezó con una picadura de insecto y se complicó con el uso de un veneno peligroso, “malatión”, para espantar a las hormigas de la herida. Con el pie infectado, edematizado y muriendo, caminó dos días hasta llegar al pueblo y cobrar el “bono de la pobreza”. No quería dejar a la abuela sin dinero. La infección se extendió lenta y muy dolorosamente, primero por todos sus dedos, luego por todo el pie y, finalmente, se comió su pierna. Podrida, supurante, fétida, la gangrena se la devoró completa. El abuelo no murió con dolor, murió de dolor.

Murió negándose sistemáticamente a salir de su comunidad, rechazando el hospital, los médicos y el sistema de salud. Ni él ni sus hijos aceptaron la amputación, prefirieron la muerte, se prepararon para recibirla con respeto y resignación. Aceptar el ingreso de los médicos hubiera significado claudicar a la defensa del territorio. Abrir las puertas de la comunidad al Estado opresor, rendirse, entregar a su pueblo.

Lily habla poco, monosilábicamente. La pequeña bebé sin nombre no para de reír, con la inocencia de quien no sabe que tiene el cerebro y las meninges expuestos, desbordados desde el cráneo hacia su rostro. Allí, a cientos de kilómetros del hospital más cercano, a dos horas de camino a trocha por el lodo, a una tarabita, una ranchera y unos cuantos buses de distancia.

La bebé sin nombre no ha cumplido un año aún, yo cumpliré treinta y seis al día siguiente.

Gastrosquisis

No hay nada más aterrador en el mundo que recibir llamadas insistentes a la madrugada. Lo menos grave puede ser un exnovio ebrio y, lo peor, siempre puede ser la muerte. Esta vez, era lo que me temía, lo que desde hace un tiempo me robaba el sueño: el nacimiento de más niños con marcas.

Atsui nació con los intestinos fuera de la pared abdominal. Su madre Teresa, una adolescente de quince años, nunca tuvo un control prenatal ni una ecografía y decidió dar parto en casa, en su comunidad, a un mundo de distancia del hospital más cercano.

Cuando a Teresa le creció la pancita y bautizó a su pequeño como Atsui — que traducido del shuar quiere decir: el que no tiene existencia material, el que trasciende —, nunca pensó que sería un mal presagio.

Cuando lo parió y sus intestinos expuestos latían fuera del cuerpo del pequeño de forma aterradoramente, su abuelo lo envolvió en una manta y junto con su otra hija, Gladis, corrieron en medio de la oscuridad de la selva hasta el pueblo más cercano. Cruzaron al menos 10 kilómetros de trochas lodosas, tres ríos sin puente y una tarabita por sobre el río Zamora. Todo esto con un bebé que se iba apagando lentamente en sus brazos.

En el pueblo, llamaron a la ambulancia y, una eternidad después, los trasladaron a otra ciudad. Y luego a otra y luego a una tercera ciudad en la que después de una larga espera —propia de la burocracia—

cia, la escasez de recursos y la verticalidad de sistema de salud— lo operaron. Justo cuando a Atsui no le quedaba sino un soplo de vida.

Aunque celebramos que Atsui sobrevivió a la operación y estaba recuperándose en cuidados intensivos, la noche siguiente, nuevamente recibimos la aterradora llamada: la de la muerte.

—Quizás fuimos muy tarde, quizás no lo limpiamos bien, tal vez fue el lodo, o que salí corriendo sin bañarle —se lamenta Leonardo, abuelo de Atsui.

Los médicos le dijeron que no resistió la infección. Ahora él no sabe cómo llegar con un cuerpo sin vida, sin latido, sin espíritu a encontrar a su hija puérpera. Peor aún, le dicen que si el bebé no está inscrito no existe y que entonces no pueden entregarle el cuerpo.

Debe regresar a la selva, al primer hospital al que lo refrieron, y luego, con el corazón atestado de dolor, cumplir con todo el papeleo. Días y días de burocracia “mestiza” en un Estado Plurinacional que no reconoce las condiciones y limitaciones de comunidades indígenas desplazadas y criminalizadas. Si no está inscrito no existe, insisten cual profecía autocumplida por su nombre.

Para inscribirlo, tienen que venir los padres, les imputan en el registro civil. La madre es menor de edad y el padre supera los dieciocho años, su presencia implicaría el riesgo de ser denunciado por estupro y encarcelado. Muchos indígenas shuar están presos por uniones de hecho con mujeres menores de edad.

Finalmente, una semana después, agotados e indignados, con la imposibilidad de cumplir todos los trámites que les exigen, se resignan. La burocracia indolente les ha quitado su derecho a velar el cuerpo. Nunca podrán enterrarlo. Atsui quedará como objeto de estudio para las clases de morfofisiología de los estudiantes de medicina.

Ahora Teresa ayuda a amamantar al bebé huérfano, lo han nombrado Arutam. Con Arutam, los pechos lactantes de Teresa encuentran alivio. Son como dos imanes que se atraen. Hace un mes que Celina murió al parir y “el huerfanito” sobrevivía de los pocos tarros de fórmula que logramos llevar. Celina murió en menos de un minuto, no dio tiempo a nada, expulsó el bebé y la placenta nunca salió. Se fue en un mar de sangre y con los ojos perdidos.

A los pocos días de la muerte de Celina, Susana decidió que no podría con todo. Con sus hijos y los de Celina, porque las dos compartirían marido. Quince hijos en total quedarían a su cargo. Susana aún lloraba la muerte de Sandra, su pequeña a la que le diagnosticaron esa extraña trisonomía y que murió poco antes de cumplir los dos años, con fiebre y con gripe.

Susana no puede quitarse de la cabeza y del corazón la sonrisa de Sandra con sus grandes encías infamadas y con esos ojos chatos que tanto amaba. Debe haber un límite para el dolor que un ser humano puede aguantar antes de enloquecer y, con la muerte de Celina, a Susana el dolor la superaba. Su cuerpecito menudo y desnutrido no podía con todo ese dolor.

El síndrome de Sandra y su muerte, la muerte de Celina y la desesperada necesidad del huerfanito de encontrar pechos turgentes que puedan quitarle el hambre y ayudarle a construir un apego seguro, eran más de lo que ella podía soportar. Decidió irse, irse lejos y no volver.

Sin Celina y sin Susana ahora todas las familias de la comunidad ayudan con el cuidado de los quince niños, y Teresa amamanta a Arutam mientras habla con Atsui, el bebé que nació para trascender la existencia material y permitir que el huerfanito tenga madre.

Paraquat

Cuando su esposo la dejó por otra, ella se tomó el frasco del maldito veneno. En cuestión de minutos se quedó disfónica. Su esófago fue brutalmente perforado y el dolor era insoportable. La agonía era eterna, cada segundo, cada minuto empeoraba. Cuando la encontraron inmóvil sobre su propio vómito, la llevaron a emergencias del hospital público.

La llamada. Esta vez la llamada era porque el hospital no contaba con el antídoto: Carbón Activado. Teníamos cinco horas para conseguirlo, luego de eso ya no serviría. En el transcurso del día, el poderoso veneno había invadido el páncreas, luego el hígado y los riñones. Rubí perdió la conciencia.

El Paraquat es un herbicida tremendamente tóxico, un agro veneno. Se lo encuentra en la tienda de la esquina, en cualquier comunidad, pueblo o parroquia. Se vende libremente, a veces junto con los mismos alimentos. Su uso y abuso es una práctica social instituida. Rubí lo usaba para fumigar la naranjilla, lo guardaba debajo de su cama en el cuarto que compartía toda la familia.

Rubí usó el veneno por meses, fumigaba con una bomba vieja que heredó de su padre. Nunca llegó a entender que la tristeza enorme que sentía y que iba creciendo con los meses, era producto de su intoxicación por el herbicida.

A los riñones le siguieron los pulmones. Luego entró en coma y murió con convulsas sacudidas.

El veneno es un arma millonaria que sostiene uno de los negocios más perversos: el de los agroquímicos. Para que el negocio crezca y florezca, se ha normalizado su uso para envenenar los cultivos y los alimentos.

También es este el veneno que usan las feminicidas para acabar con la vida de sus parejas, y es el veneno con el que cientos de indígenas y campesinos acaban con sus propias vidas, luego de que la intoxicación crónica los condena a depresiones químicas no diagnosticadas.

Es el arma de más fácil alcance. Ha reemplazado a las armas blancas y a las armas de fuego. Unos cuantos miles de suicidios y feminicidios en territorios de “salvajes”, son apenas externalidades menores para el gran capital agroindustrial o, más bien, agro-mortal.

Karen

La bebé sin nombre ahora se llama Karen. Ha debido recorrer cientos de kilómetros para llegar al hospital en el que está internada. Su mamá, Lily, no la deja sola ni un instante. La cargó una hora en brazos, diez minutos en tarabita, dos horas en ranchera y una decena de horas en buses varios. Ahora duermen juntas en la cama del hospital. Karen lacta acurrucada en su regazo.

La protuberancia en su rostro es la encarnación de la violencia política, de la guerra. Es el recuerdo de la ocupación militar, del terror habitando los cuerpos de las mujeres y los niños desnutridos, escondidos en la profundidad de la cordillera amazónica.

Hoy la operan. Pusimos al sistema en jaque. Fueron varios meses de colectas, llantos y desesperanzas. Finalmente logramos que la recibieran. Cuando vimos a Lily y Karen llegar en el bus, los pulmones se abrieron contentos, respirando a borbotones esa brisa que se circula cuando el universo conspira. Cuando conspiran las solidaridades, las voluntades y las generosidades.

Karen es sobreviviente de la guerra, es memoria colectiva y es la garantía del derecho a la verdad. Es tributo a la lucha del pueblo amazónico. La operación le dará justicia y reparación. La operación nos dará justicia y reparación. Una vez más, extirpará el oxímoron, y también, el meningoencefalocele.

Tengo treinta y ocho años, Karen acaba de cumplir su primer año.

Celeste

Cada uno de mis hijos llegó para enseñarme algo.
Martín me trajo el equilibrio: me dio raíces y alas.
Leo me trajo la magia: me devolvió la alegría.
Y Celeste... ella me ha conmovido de formas que aún no comprendo.

Me ha traído la ternura, pero, sobre todo, me ha traído la pausa —esa que hasta hace unas semanas parecía un privilegio imposible—.

En esa quietud nueva, en esa ternura aprendida, también he empezado a mirar de frente mis propias heridas.

Siempre he dicho que aprendí el feminismo a golpes, y no es solo una metáfora.

Los golpes vinieron de la violencia doméstica, pero también de los tirones de amigas feministas indignadas con mi marianismo, con mi complejo de mártir, con esos resquicios de complicidad machista que seguían cómodamente hospedados dentro de mí.

Aún no soy una buena feminista —quizás nunca lo sea—, pero Celeste ha llegado para revelarme la pieza que faltaba: nunca se es demasiado radical.

Mientras nuestras niñas no puedan caminar sin miedo, la tibieza no es un lujo que podamos permitirnos.

Ni en mis sueños más dulces imaginé tener una hija. Y ahora que está aquí, todo se vuelve más claro, más urgente, más hermoso.

Como en la canción de Vivir Quintana: “Nos sembraron miedo, nos crecieron alas...”

Por nuestras hijas y para nuestras hijas, valen la pena todas las luchas.

Tengo cuarenta años y, con el parto de este libro, acaba de nacer mi última hija: Celeste.

María Fernanda Solíz, literalmente, pone el cuerpo en cada palabra. La filósofa catalana Marina Garcés dice que “poner el cuerpo se convierte en la condición imprescindible, primera, para empezar a pensar”. También dice: “Poner el cuerpo en nuestras palabras significa decir lo que somos capaces de vivir o, a la inversa, hacernos capaces de decir lo que verdaderamente queremos vivir”. María Fernanda asume este desafío en su escritura. Pone el cuerpo para decirnos lo que ha sido capaz de vivir y lo que ha sido capaz de hacer con lo vivido.

Uno de los mayores logros de este libro radica en la posibilidad de identificar, como lectoras, las marcas de una violencia impune en las cicatrices del cuerpo y la psiquis de una mujer vulnerada (la escribiente), así como en el cuerpo de los territorios y las vidas mortalmente afectadas por la industria minera y agroindustrial en alianza necropolítica con el Estado. Así, el escrito logra algo que para el feminismo siempre ha sido clave: “Lo personal es político”.



Pontificia Universidad
Católica del Ecuador

edi
PUCE



Grupo de
Editoriales
Universitarias
AUSJAL

ISBN: 978-9978-77-792-3



9789978777923
